

Santa María Madre de Dios

Pascua 2022



Señor, dame de beber

Santa María Madre de Dios

Pascua 2021

Índice

2. Nuestro icono

9. Miércoles santo

24. Jueves santo

27. Laudes

32. Campaña Cáritas

33. Celebración de los oficios

38. Hora santa

47. Viernes santo

50. Laudes

56. Vía crucis

72. Celebración de los oficios

77. Sábado santo

80. Laudes

85. Retiro del sábado

95. Vigilia de Pascua

104. Domingo santo

109. Carta Patris Corde. En el año de san José



No tengáis miedo: confiad y velad

1. El color negro que preside nuestro cartel refleja la situación de noche oscura que estamos viviendo: una situación de crisis, de amenaza... se prolonga en el tiempo sin un final reconocible e incorpora un desgaste y un angustia creciente.
2. Sin embargo, la noche oscura, en nuestra tradición, es escenario para la vivencia mística, para el encuentro intenso y profundo con Dios.
 3. En la oscuridad resuena la voz del maestro, la del Resucitado: “No tengáis miedo, confiad y velad”.
 4. El llamamiento es a tres actitudes. El primero a no dejar que el miedo nos atenace y nos paralice.
 5. Frente al miedo, la actitud del creyente se ofrece como alternativa. ¡Confiad! ¡Manteneos en vuestra esperanza y conservad la Palabra recibida por Dios! Consévala en tu corazón y mantente en ella meditándola.
 6. Entonces la fe ya no es solo esperanza, sino encarnación en forma de esfuerzo, de tensión: ¡velad! Esforzaos, mantened el paso de vuestra vida en lo que sea posible..
 7. Esta voz que resuena en la noche constituye la identidad del peregrino. Es el mensaje que impulsa al caminante para llegar al Monte del Gozo, a la tierra prometida, a la alegría esperada.
 8. El peregrino del cartel lleva una vela en sus manos, es una luz frágil que puede apagarse, como la fe. Tiene que caminar con prudencia para que esa luz no se apague y para que siga iluminando el camino.
 9. Y, entonces, cuando el miedo no es capaz de detener el paso, cuando el peregrino se mantiene velando con su esfuerzo y en el cuidado de la luz de la fe... Entonces, se descubre, se experimenta con gozo y alegría que el camino no se hace solo, que hay una presencia que acompaña la marcha.
 10. Aún más, que esa presencia es de cuidado, que hay unas manos que nos envuelven y protegen en ese sendero, que ofrecen calor y la energía que es necesaria para fortalecer los pasos.
 11. La noche oscura, iluminada por la luz de la fe, vivida en la fortaleza del recorrido se convierte en historia de salvación.

Confiad y velad

Al comienzo de esta Pascua

Llega el tiempo de Pascua, en circunstancias que no son las que quisiéramos, pero en las que podemos comprender mejor el significado que tuvo el paso de Dios para el pueblo de Israel. En aquella esclavitud a la que nos aproximamos por los meses de restricciones; en aquella angustia por la libertad ansiada a la que nos acercamos desde el desgaste acumulado; en aquella intervención en el Mar Rojo que anhelamos en forma de vacuna...

Y en todo ello, Dios sigue haciéndose presente en nuestra vida y por ello celebramos su paso: la Pascua.

Y podemos hacerlo desde la gratitud. El año pasado anhelábamos la parroquia, el templo compartido y la liturgia... Pero todas aquellas limitaciones nos dieron la ocasión de vivir la Pascua con una intensidad que muchos no conocían.

Este año no hay ocasión para el viaje deseado, la playa, el turismo o el encuentro familiar, pero se abre la ocasión de profundizar en su significado y que el virus pueda ser ocasión de entender por qué se tratan los días privilegiados en nuestra espiritualidad.

Tres días intensos para ahondar en lo más profundo de nuestra condición humana: el amor que otorga sentido y significado a nuestra biografía en el jueves; el dolor en el que tomamos conciencia de nuestra fragilidad y de los interrogantes que descartan las ideologías de las verdaderas esperanzas en el viernes; el silencio y la espera del sábado que nos recuerda que todo lo gozoso es fruto de una larga peregrinación...

Por fin, el domingo de la alegría, del recordatorio que somos para la vida y no para la muerte, que no hay injusticia que no pueda ser superado desde la fuerza del Resucitado...

En todo ello el triduo nos ofrece la ocasión de reconocer en lo hondo de estas experiencias, en lo más profundo de nuestro interior del que brotan, se encuentra el Dios que nos acompaña y al que buscamos.

Nos quedan aún muchos meses de peregrinación hasta superar esta epidemia, y la económica que la seguirá. No se trata de alcanzar la nueva normalidad, sino de crear un nuevo escenario construido sobre los pilares de los redescubrimientos de estos meses: el valor de los abrazos y la cercanía; la posibilidad de ser inmensamente felices en la cotidianidad de un juego de mesa familiar; la necesidad que tenemos unos de otros y que se expresa en la solidaridad; la suerte de vivir desde una fe donde las mismas situaciones se viven desde una luz que les otorga sentido y esperanza.



Confíad y velad



Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma de 2021

«Mirad, estamos subiendo a Jerusalén...» (Mt 20,18).



Cuaresma: un tiempo para renovar la fe, la esperanza y la caridad.

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando Jesús anuncia a sus discípulos su pasión, muerte y resurrección, para cumplir con la voluntad del Padre, les revela el sentido profundo de su misión y los exhorta a asociarse a ella, para la salvación del mundo.

Recorriendo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las celebraciones pascuales, recordemos a Aquel que «se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8). En este tiempo de conversión renovemos nuestra fe, saciemos nuestra sed con el “agua viva” de la esperanza y recibamos con el corazón abierto el amor de Dios que nos convierte en hermanos y hermanas en Cristo. En la noche de Pascua renovaremos las promesas de nuestro Bautismo, para renacer como hombres y mujeres nuevos, gracias a la obra del Espíritu Santo. Sin embargo, el itinerario de la Cuaresma, al igual que todo el camino cristiano, ya está bajo la luz de la Resurrección, que anima los sentimientos, las actitudes y las decisiones de quien desea seguir a Cristo.

El ayuno, la oración y la limosna, tal como los presenta Jesús en su predicación (cf. Mt 6,1-18), son las condiciones y la expresión de nuestra conversión. La vía de la pobreza y de la privación (el ayuno), la mirada y los gestos de amor hacia el hombre herido (la limosna) y el diálogo filial con el Padre (la oración) nos permiten encarnar una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante.

La fe nos llama a acoger la Verdad y a ser testigos, ante Dios y ante nuestros hermanos y hermanas.

En este tiempo de Cuaresma, acoger y vivir la Verdad que se manifestó en Cristo significa ante todo dejarse alcanzar por la Palabra de Dios, que la Iglesia nos transmite de generación en generación. Esta Verdad no es una construcción del intelecto, destinada a pocas mentes elegidas, superiores o ilustres, sino que es un mensaje que recibimos y podemos comprender gracias a la inteligencia del corazón, abierto a la grandeza de Dios que nos ama antes de que nosotros mismos seamos conscientes de ello. Esta Verdad es Cristo



Confíad y velad

mismo que, asumiendo plenamente nuestra humanidad, se hizo Camino — exigente pero abierto a todos— que lleva a la plenitud de la Vida.

El ayuno vivido como experiencia de privación, para quienes lo viven con sencillez de corazón lleva a descubrir de nuevo el don de Dios y a comprender nuestra realidad de criaturas que, a su imagen y semejanza, encuentran en Él su cumplimiento. Haciendo la experiencia de una pobreza aceptada, quien ayuna se hace pobre con los pobres y “acumula” la riqueza del amor recibido y compartido. Así entendido y puesto en práctica, el ayuno contribuye a amar a Dios y al prójimo en cuanto, como nos enseña santo Tomás de Aquino, el amor es un movimiento que centra la atención en el otro considerándolo como uno consigo mismo (cf. Carta enc. Fratelli tutti, 93).

La Cuaresma es un tiempo para creer, es decir, para recibir a Dios en nuestra vida y permitirle “poner su morada” en nosotros (cf. Jn 14,23). Ayunar significa liberar nuestra existencia de todo lo que estorba, incluso de la saturación de informaciones —verdaderas o falsas— y productos de consumo, para abrir las puertas de nuestro corazón a Aquel que viene a nosotros pobre de todo, pero «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14): el Hijo de Dios Salvador.

La esperanza como “agua viva” que nos permite continuar nuestro camino

La samaritana, a quien Jesús pide que le dé de beber junto al pozo, no comprende cuando Él le dice que podría ofrecerle un «agua viva» (Jn 4,10). Al principio, naturalmente, ella piensa en el agua material, mientras que Jesús se refiere al Espíritu Santo, aquel que Él dará en abundancia en el Misterio pascual y que infunde en nosotros la esperanza que no defrauda. Al anunciar su pasión y muerte Jesús ya anuncia la esperanza, cuando dice: «Y al tercer día resucitará» (Mt 20,19). Jesús nos habla del futuro que la misericordia del Padre ha abierto de par en par. Esperar con Él y gracias a Él quiere decir creer que la historia no termina con nuestros errores, nuestras violencias e injusticias, ni con el pecado que crucifica al Amor. Significa saciarnos del perdón del Padre en su Corazón abierto.

En el actual contexto de preocupación en el que vivimos y en el que todo parece frágil e incierto, hablar de esperanza podría parecer una provocación. El tiempo de Cuaresma está hecho para esperar, para volver a dirigir la mirada a la paciencia de Dios, que sigue cuidando de su Creación, mientras que nosotros a menudo la maltratamos (cf. Carta enc. Laudato si’, 32-33;43-44). Es esperanza en la reconciliación, a la que san Pablo nos exhorta con pasión: «Os pedimos que os reconciliéis con Dios» (2 Co 5,20). Al recibir el perdón, en el Sacramento que está en el corazón de nuestro proceso de conversión, también nosotros nos convertimos en difusores del perdón: al haberlo acogido nosotros, podemos ofrecerlo, siendo capaces de vivir un diálogo



Confíad y velad

atento y adoptando un comportamiento que conforte a quien se encuentra herido. El perdón de Dios, también mediante nuestras palabras y gestos, permite vivir una Pascua de fraternidad.

En la Cuaresma, estemos más atentos a «decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan», en lugar de «palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian» (Carta enc. Fratelli tutti [FT], 223). A veces, para dar esperanza, es suficiente con ser «una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia» (ibíd., 224).

En el recogimiento y el silencio de la oración, se nos da la esperanza como inspiración y luz interior, que ilumina los desafíos y las decisiones de nuestra misión: por esto es fundamental recogerse en oración (cf. Mt 6,6) y encontrar, en la intimidad, al Padre de la ternura.

Vivir una Cuaresma con esperanza significa sentir que, en Jesucristo, somos testigos del tiempo nuevo, en el que Dios “hace nuevas todas las cosas” (cf. Ap 21,1-6). Significa recibir la esperanza de Cristo que entrega su vida en la cruz y que Dios resucita al tercer día, “dispuestos siempre para dar explicación a todo el que nos pida una razón de nuestra esperanza” (cf. 1 P 3,15).

La caridad, vivida tras las huellas de Cristo, mostrando atención y compasión por cada persona, es la expresión más alta de nuestra fe y nuestra esperanza.

La caridad se alegra de ver que el otro crece. Por este motivo, sufre cuando el otro está angustiado: solo, enfermo, sin hogar, despreciado, en situación de necesidad... La caridad es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos y que suscita el vínculo de la cooperación y de la comunión.

«A partir del “amor social” es posible avanzar hacia una civilización del amor a la que todos podamos sentirnos convocados. La caridad, con su dinamismo universal, puede construir un mundo nuevo, porque no es un sentimiento estéril, sino la mejor manera de lograr caminos eficaces de desarrollo para todos» (FT, 183).

La caridad es don que da sentido a nuestra vida y gracias a este consideramos a quien se ve privado de lo necesario como un miembro de nuestra familia, amigo, hermano. Lo poco que tenemos, si lo compartimos con amor, no se acaba nunca, sino que se transforma en una reserva de vida y de felicidad. Así sucedió con la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, que dio el pan al profeta Elías (cf. 1 R 17,7-16); y con los panes que Jesús bendijo, partió y



Confianza y velad

dio a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente (cf. Mc 6,30-44). Así sucede con nuestra limosna, ya sea grande o pequeña, si la damos con gozo y sencillez.

Vivir una Cuaresma de caridad quiere decir cuidar a quienes se encuentran en condiciones de sufrimiento, abandono o angustia a causa de la pandemia de COVID-19. En un contexto tan incierto sobre el futuro, recordemos la palabra que Dios dirige a su Siervo: «No temas, que te he redimido» (Is 43,1), ofrezcamos con nuestra caridad una palabra de confianza, para que el otro sienta que Dios lo ama como a un hijo.

«Sólo con una mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura y, por lo tanto, verdaderamente integrados en la sociedad» (FT, 187).

Queridos hermanos y hermanas: Cada etapa de la vida es un tiempo para creer, esperar y amar. Este llamado a vivir la Cuaresma como camino de conversión y oración, y para compartir nuestros bienes, nos ayuda a reconsiderar, en nuestra memoria comunitaria y personal, la fe que viene de Cristo vivo, la esperanza animada por el soplo del Espíritu y el amor, cuya fuente inagotable es el corazón misericordioso del Padre.

Que María, Madre del Salvador, fiel al pie de la cruz y en el corazón de la Iglesia, nos sostenga con su presencia solícita, y la bendición de Cristo resucitado nos acompañe en el camino hacia la luz pascual.

Roma, San Juan de Letrán, 11 de noviembre de 2020, memoria de san Martín de Tours.

Francisco



Confíad y velad

Preparando la Pascua



Miércoles Santo



Con motivo de la luna llena

Celebramos en este día la cena del Hagadá.

La celebración que continúan viviendo los judíos como ocasión para volver a las experiencias fundamentales de la historia de su pueblo.

No se trata de mera arqueología, sino de memorial: la historia del pueblo se continúa en la de cada familia y en la de cada uno de nosotros.

Cuando se reconoce la presencia de Dios en nuestra historia se produce la Pascua, su paso.

Toda la cena es conducida por símbolos y signos, los platos y los acompañamientos, todos tienen una significación para que podamos acercarnos al misterio que celebramos. En las siguientes fichas, la catequesis que permite prepararla.



En la primera luna llena de la primavera.

Ex 12, 1-11

El pueblo judío es trashumante. Un grupo nómada que vive de la ganadería. La luna influye sobre el proceso del parto de las reses, acelerándolo si están preñadas. Incluso influye en el de las mujeres.

Con motivo de la primera luna de la primavera, el nacimiento de los corderos aseguraba el futuro de la familia y su riqueza.

Por esta razón la Pascua varía en el calendario año tras año, hasta una holgura de veintiocho días puede darse entre las dos fechas más extremas.

*¿Qué acontecimientos más importantes han tenido lugar desde la última Pascua?
¿Qué motivos tienes en esta Pascua para la celebración?*



Un cordero simboliza la vida y la riqueza

Ex 12, 1-11

Se trata de la fiesta de Pascua, del hebreo *pasha*, que significa «paso».

Ellos sienten que el paso ha sido en forma de riqueza. Por eso sacrifican uno de los corderos para comerlo juntos.

Es una fiesta en familia, calidad y acogedora. El momento más importante en el año de los judíos.

Toda la vida queda paralizada con motivo de esta celebración.

El cordero se convierte en sacramento: de Dios procede la riqueza y la vida. A él tenemos que agradecerle que todo nuestro trabajo haya sido bendecido.

Y comemos la Pascua sentados, como hombres libres.

Y preparamos una sala con adornos apropiados para una gran acción de gracias.

*¿Cuáles son en esta Pascua tus principales riquezas?
¿Cuáles son en esta Pascua tus principales motivos de acción de gracias a Dios?*



La sangre del cordero nos libera

Ex 12, 12-37

Durante el periodo de la esclavitud en Egipto y la deportación en Babilonia, la fiesta de la Pascua se convierte en un momento especialmente significativo para el pueblo en el que el sentimiento nacionalista adquiere especial fuerza.

Los judíos, como signo de pertenencia, pintan las jambas de las puertas de sus casas con la sangre de los corderos identificándose con la fiesta.

Según la tradición, durante el transcurso de una Pascua se produce la liberación de Egipto. Así, la Pascua desde entonces adquiere un segundo significado: ya no se trata solo de la fiesta de la vida y la riqueza, sino la fiesta de la liberación de las esclavitudes.

La epidemia se cebó sobre los egipcios y «respetó» las casas judías pintadas con sangre: la sangre del cordero, nos ha liberado de la enfermedad y de los males.

*¿De qué esclavitudes necesitarías liberarte en esta Pascua?
¿Cuáles son los males de los que necesitarías sentirte protegido?*



Panes ácimos para no perder la memoria

Ex 13, 6-10

El pan necesita levadura para fermentar. Sobre la masa de harina y sal se incorpora el fermento y se deja unas horas para que actúe.

La salida de Egipto fue brusca y rápida. No hubo tiempo para dejar que la masa fermentara y los panes se tuvieron que guardar sin levadura para tener algo que comer.

A este tipo de panes se les denomina «ácimos» y vuelven a presidir la mesa cada vez que la familia celebra la Pascua.

Permiten mantener la memoria fresca. Frente a los días en que el pan es cotidiano, en esta ocasión nos devuelven la certeza de que Dios actúa para que no caiga en un olvido innecesario.

Se bendicen durante la cena. El símbolo fue aprovechado por Jesús para identificarse con el pan dándole un nuevo sentido a la fiesta: Él es el alimento que Dios ofrece.

*¿Cuáles son los acontecimientos de tu vida que no pueden ser olvidados?
¿En qué momentos has sentido con más intensidad a Dios presente?*



Los relatos que no pueden perderse

Ex 12, 26

La cultura judía empleaba la memoria no la escritura.

Los relatos y las historias importantes se transmiten de generación en generación. La fiesta de Pascua es un momento especialmente significativo para ello. El más pequeño de la casa hace una serie de preguntas que responde quien preside la cena. Con ellas se transmiten los acontecimientos más importantes del pueblo y se explican los gestos de la cena.

Se elabora, así, una especie de credo familiar que recoge las convicciones más importantes del pueblo.

Las cuatro preguntas están dirigidas a «cuatro clases de hijos»: el sabio que quiere profundizar; el rebelde que no cree; el sencillo que se conforma con lo simple; y el que no sabe preguntar porque ha sido asimilado.

*¿Cuáles son los mejores aprendizajes que te han transmitido en tu familia?
¿Qué narraciones deberían ser conservadas en nuestra sociedad actual?*



El vino de la alegría

Salmo 104 10-20

El vino el trigo y el aceite son los signos de la buena vida y la riqueza en la Biblia.

El vino, en concreto, es el símbolo de la alegría.

En la cena de Pascua han de beberse cuatro copas.

A partir de éstas, el resto ya no son rituales, sino a elección del comensal.

En uno de los gestos, mientras se recuerda el relato de las epidemias en Egipto, por cada una de ellas se resta una gota del vino de la copa: la alegría no puede ser completa porque la libertad de los judíos y su alegría, fue a costa del sufrimiento de los egipcios.

Jesús emplea una de las oraciones de bendición sobre el vino para dotar a este signo de una nueva dimensión: la alegría se convierte en el signo de la nueva alianza, la nueva forma de entender la relación con Dios.

*¿Cuáles son en esta Pascua tus cuatro brindis, tus cuatro motivos de alegría?
¿Qué gotas retirarás de tu copa, en recuerdo de quién, a quién has causado tristeza?*



Haroset: el valor del esfuerzo

Ex 1,5-22

Tras una primera etapa serena y tranquila en Egipto, el libro del Éxodo describe el cambio de actitud y el comienzo de los problemas para los judíos.

Fueron sometidos a trabajos esclavizantes para la elaboración de los ladrillos que servirían para la construcción de las pirámides.

En cada Pascua se come una salsa dulce, a ser posible de tono anaranjado o rojizo. Las recetas divergen en su forma pero conservan algo en común: debe ser dulce y debe ser pastosa, como recuerdo de la masa confeccionada en su tiempo de esclavos en Egipto.

De esta forma se ofrece como recuerdo de los grandes trabajos en los que hemos participado, de los proyectos que exigieron esfuerzos sobrehumanos para ser llevados a cabo.

El sudor y la fatiga se saborean ahora como dulzura.

*¿Cuáles son los proyectos y trabajos de los que te sientes más orgulloso desde la última Pascua?
¿Cuáles son los frutos dulces que ahora puedes saborear por los esfuerzos desde la última Pascua?*



Las hierbas amargas

Nm 9,5-15

El haroset se come untando en él hierbas amargas.

Son recuerdo de los sufrimientos y dificultades vividas en Egipto, en el tránsito del desierto y en las dificultades posteriores en la tierra prometida.

Componen un sabor paradójico que es expresión de lo más nuclear de la existencia: amargura y dulzura son dos dimensiones de una misma realidad.

En la cena de la Pascua las hierbas amargas nos recuerdan nuestra historia, nos hacen tomar conciencia de la realidad de muchos pueblos en la actualidad y nos dispone a disfrutar porque las hierbas amargas volverán a aparecer.

Con todo, en la cena de Pascua, las hierbas amargas son uno de los entremeses, pero no el plato principal. Es parte de la cena, pero de importancia secundaria en relación al resto de platos.

¿En recuerdo de qué momentos del año vas a tomar las hierbas amargas?

¿En recuerdo de quiénes comerás hoy las hierbas?



El hallel

Salmo 113-118

La palabra significa alegría, alabanza, acción de gracias.

Es el cántico que surge espontáneo de un pueblo que se siente agradecido por la acción de Dios sobre él.

El hallel compone una sección de salmos que comprende desde el 113 al 118 y que recogen los versos de alabanza y alegría del pueblo.

Inunda la cena de la Pascua haciéndose presente en ella e incorporando el canto y las palmas a la celebración en el espacio que nosotros llamaríamos sobremesa.

Los acordes del hallel acogen todos los signos de tristeza y amargura presentes en la cena.

*¿Cuándo es la última vez que has estallado de alegría?
¿Qué versículos podrías incorporar al hallel compuestos por ti?*



El lavado

Jn 13,1-15

Durante la cena hay dos lavados.

El primero tiene carácter penitencial, es para pedir perdón y purificarnos por los errores cometidos desde la última Pascua.

El segundo tiene carácter higiénico. El esclavo o la mujer de la casa limpian las manos de los comensales.

También podían hacerlo con los pies. Se trataba de un signo de acogida. Lavarle a uno los pies, quitándole las impurezas y suciedad del camino era una clara invitación a que se quedase en la casa como invitado. No lavar los pies a un visitante era claro mensaje de que el encuentro sería breve.

Jesús emplea estos lavatorios como signo para expresar las implicaciones de su mesianismo. Pero él no es ni la mujer de la casa, ni el sirviente. Por eso Pedro pone objeciones a ser lavado.

*¿Quiénes te han lavado los pies durante este año?
¿A qué personas deberías dedicar más tiempo en este nuevo año?*



La puerta abierta

Gn 18,1-16

La puerta comienza estando cerrada, pero se abre en un momento de la cena. La fiesta es tan importante que nadie puede quedarse sin ocasión de celebrarla. Por este motivo, la puerta se abre por si algún judío no tuviera con quién celebrar la Pascua, para que encuentre un espacio cálido y acogedor. Se trata de la expresión de uno de los valores más arraigados en la cultura semita: la hospitalidad. Su pasado nómada les hace tener siempre presente el peligro que corre quien no tiene hogar, grupo de protección o de acogida. La hospitalidad en el antiguo testamento es la mínima exigencia para que Dios pueda intervenir en favor de su pueblo. De esta forma la fiesta se convierte en ocasión para preocuparse por aquellos que viven en vulnerabilidad

*¿A qué personas te gustaría abrir las puertas en esta Pascua?
¿Qué personas te han enseñado el arte de la hospitalidad?*



La luz

Ef 4, 17-32

La cena comienza a oscuras.

La noche es signo del peligro y de la amenaza para quien vive sin hogar, para un pueblo nómada.

La madre de la casa comienza la celebración bendiciendo la luz y rompiendo la oscuridad de la sala.

La luz tenue, durante la cena, contribuye a la calidez y la familiaridad de la celebración.

Al rayar el alba del tercer día, la luz de Cristo romperá definitivamente la oscuridad.

*¿Cuáles son tus oscuridades en esta Pascua?
¿Qué personas, acontecimientos, han sido luz que rompe la noche en este año?*

Las utopías son posibles



Jueves Santo

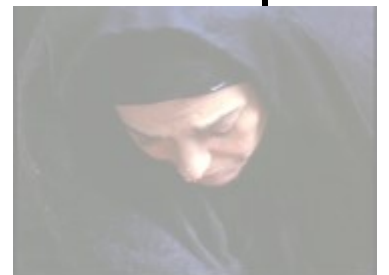
El Evangelio es el anuncio sin límites de un mundo inundado de amor. El Reino de Dios.

Un amor que no puede ser completo si no se manifiesta con y para los demás, que no puede alcanzar su mayor estado de plenitud si nos sentimos solos. Un amor que no es posible sentir si llenamos la vida de amargura, de desesperanza, de desilusión...

Jesús nos propone todo lo contrario, que creamos los unos en los otros porque todos somos dignos de ser queridos y aceptados. Que evitemos una vida aislada porque significaría que no hay nada en los demás que nos haga sentir a Dios. Que disfrutemos de lo que la vida nos ofrece cada día, como una oportunidad de mejorar y de cambiar, llenándola así de esperanza e ilusiones...

El AMOR, nos dice Jesús, se manifiesta con hechos, no sólo con palabras, y este amor, que habita en el corazón de los hombres, es el amor de Dios. Jesús nos lo enseñó la noche antes de morir: con el lavatorio de los pies, que manifiesta el servicio a los demás sin límites; y la última cena: con la Eucaristía celebramos juntos que somos hijos de un mismo Padre.

Al igual que los apóstoles entendieron estos gestos dando más tarde testimonio del amor del Señor, así hoy nosotros celebramos que también somos dignos de ese amor, que bien entendido y acogido se manifiesta entre nosotros en lo que llamamos amor fraterno.



Confíad y velad

JUEVES SANTO

A) INTRODUCCIÓN: ¿Qué celebramos?

B) GESTOS Y SÍMBOLOS:

1.- OLEOS O MISA CRISMAL:

- *Celebración sacerdotal (ministros y pueblo): Xto. es el único ungido.
- *Carácter sacramental de la iglesia.
- *Simbolismo del aceite: protección, curación, perfume...

2.- CELEBRACIÓN «IN CENA DOMINI» (Cena del Señor).

- *Pan y Vino: (Manifestación de Dios en la humildad de los signos).
 - Simbolizan la vida limitada del hombre.
 - Comida y bebida (complementarios).
 - Elementos de las comidas sociales.
 - Destinado a ser compartido, creando un clima de amistad.
 - Signo del trabajo y la unidad.

*Lavatorio:

- Iniciación-purificación bautismal (primeros siglos).
- Humildad y servicio (lavando los pies a los pobres).
- Signo profético: expresión de amor y servicio, igualdad y fraternidad.
- Para todo cristiano (no sólo el sacerdote).

*Reserva de la Eucaristía:

- Servicio a los enfermos y minusválidos. Los que no pudieron participar.
- Admiración, devoción, contemplación de Xto: misterio de entrega y amor.
- Signo de amor "permanente" de Xto: invitación a la esperanza.

*Despojo del Altar:

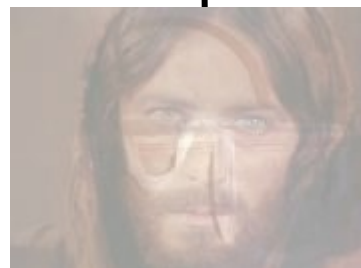
- Despojo y expolio de Xto.
- Desaparecen los signos de alegría.
- Invitación a participar en "el drama de Jesús".

***Jueves santo es entrega.**

***Sin entrega no hay amor, ni pasión, ni muerte, ni resurrección.**

***Sin entrega no hay libertad.**

***La entrega de Jesús provoca la pregunta: ¿Qué estás haciendo tú con tu vida?**



Confíad y velad

Oración de la mañana



MONICIÓN

En este día de Jueves Santo, ¿qué cristiano hay que no se siente el más rico y dichoso del mundo?. Cada día que pasa, el Señor nos regala abundantes cosas, pero hoy, el día del Amor Fraterno se desborda. Y así lo expresa el Evangelio hablando de “un amor hasta el extremo”.

El Amor es el don más grande. Quien ama y se siente amado posee la llave de la fortuna. Es también la mayor aventura: es salir de nuestro propio caparazón, olvidarse de uno mismo y pensar, buscar y ayudar a los demás. Amar de verdad supone sacrificios, pero en el amor auténtico, en la entrega sin límites, es donde encontramos la mayor satisfacción.

¡Aventúrate y ama!, en Jesucristo encontrarás toda la fuerza y el ejemplo necesario para descubrir que Dios Padre nos Ama incondicionalmente.
¡NADIE TIENE MÁS AMOR QUE EL QUE DA SU VIDA POR SUS AMIGOS!



INVOCACIÓN INICIAL

V/ Dios mío, ven en mi auxilio.

R/ Señor, date prisa en socorrerme.

V/ Gloria al Padre...

R/ Como era en el principio...



HIMNO

**Como el Padre me amó,
yo os he amado.
Permaneced en mi amor. (bis)**

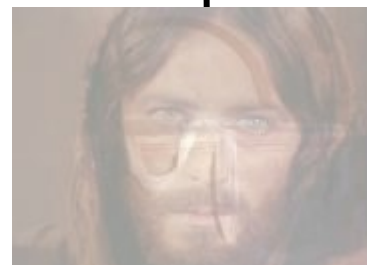
Si guardáis mis palabras y como hermanos os amáis
Compartiréis con alegría el don de la fraternidad
Si os ponéis en camino, sirviendo siempre a la verdad
Fruto daréis en abundancia, mi amor se manifestará.

No veréis amor tan grande como aquel que os mostré
yo doy la vida por vosotros. Amad como yo os amé.
Si hacéis lo que os mando y os queréis de corazón
compartiréis el pleno gozo de amar como El me amó.



MONICIÓN AL SALMO 79

Este salmo es una invitación, una llamada anhelante al que tiene en sus manos el destino de los pueblos, a aquel que se le reconoce como pastor y guía de Israel. Los salmistas desean del Reino de Dios la salvación. Nosotros, en esta mañana nos unimos a los salmistas en este deseo de ser salvados, porque confiamos en Él, porque sólo su rostro puede iluminar nuestras vidas.



Modo de hacerlo: proclamado por un solista. La Asamblea interviene con:

Confiad y velad

Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Antífona 1

Mira, Señor y contempla que estoy en peligro; respóndeme en seguida.

Salmo 79

Pastor de Israel, escucha,
Tú que guías a José como a un rebaño;
Tú que te sientas sobre querubines, resplandece Ante Efraín, Benjamín y Manasés;
Despierta tu poder y ven a salvarnos.

Oh Dios, restáuranos,
Que brille tu rostro y nos salve.

Señor, Dios de los ejércitos,
¿Hasta cuándo estarás airado mientras tu pueblo te suplica?

Les diste a comer llanto,
A beber lágrimas a tragos;
Nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos,
Nuestros enemigos se burlan de nosotros.

Dios de lo ejércitos, restáuranos,
Que brille tu rostro y nos salve.

Sacaste una vid de Egipto,
Expulsaste a los gentiles y la trasplantaste;
Le preparaste el terreno, y echó raíces
Hasta llenar el país;

Su sombra cubría las montañas,
Y sus pámpanos, los cedros altísimos;
Extendió sus sarmientos hasta el mar,
Y sus brotes hasta el Gran Río.

¿Por qué has derribado su cerca
Para que la saqueen los viandantes,
La pisoteen los jabalíes
Y se la coman las alimañas?

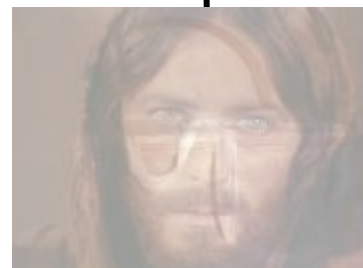
Dios de los ejércitos, vuélvete:
Mira desde el cielo, fíjate,
Ven a visitar tu viña,
La cepa que tu diestra plantó,
Y que tú hiciste vigorosa.

La han talado y le han prendido fuego;
Con un bramido hazlos perecer.
Que tu mano proteja a tu escogido,
Al hombre que tú fortaleciste.
No nos alejaremos de ti:
Danos vida, para que invoquemos tu nombre.

Señor, Dios de los ejércitos, restáuranos,
Que brille tu rostro y nos salve.

Antífona 1

Mira, Señor y contempla que estoy en peligro; respóndeme en seguida.



Confíad y velad

CÁNTICO Is, 12,1-6

Modo de hacerlo: cantado

Antífona 2

Él es mi Dios y Salvador; confiaré y no temeré.

Cántico (Is 12, 1-6)

Te doy gracias, Señor,
Porque estabas airado contra mí,
Pero ha cesado tu ira
Y me has consolado.

Él es mi Dios y Salvador:
Confiaré y no temeré,
Porque mi fuerza y mi poder es el Señor,
Él fue mi salvación.
Y sacaréis aguas con gozo
De las fuentes de la salvación.

Aquel día diréis:
“Dad gracias al Señor,
Invocad su nombre,
Contad a los pueblos sus hazañas,
Proclamad que su nombre es excelso.

Tañed para el Señor, que hizo proezas,
Anunciadlas a toda la tierra;
Gritad jubilosos, habitantes de Sión:
“Qué grande es en medio de ti
El Santo de Israel”.



Antífona 2

Él es mi Dios y Salvador; confiaré y no temeré.

MONICIÓN AL SALMO 80

El salmo 80 es, por una parte, un canto de Pascua, Israel lo cantaba para bendecir a Dios por el don de la libertad: *Oigo un lenguaje desconocido has retirado mis hombros de la carga, mis manos dejaros la espuerta.*

Pero, por otra, es también una exhortación a la conversión y a la vida nueva: *¡ojala me escuchase mi pueblo y caminase por mi camino!*

La acción de gracias por la libertad pascual y el deseo de andar por sendas nuevas, con espíritu de conversión son dos sentimientos muy apropiados para esta oración de la mañana. *Demos vítores al Dios de Jacob, que nos ha liberado de la muerte, y escuchemos la voz de Dios, que nos invita a la conversión.*

Modo de hacerlo: a dos coros

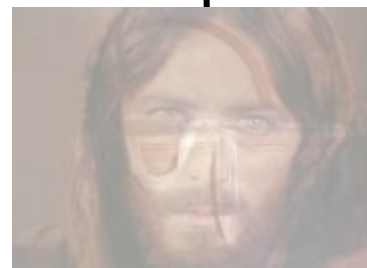
Antífona 3

El Señor nos alimenta con flor de harina, nos sacia con miel silvestre.

Salmo 80

Aclamad a Dios, nuestra fuerza;
Dad vítores al Dios de Jacob:

Acompañad, tocad los panderos,
Las cítaras templadas y las arpas;
Tocad la trompeta por la luna nueva,



Confiad y velad

Por la luna llena, que es nuestra fiesta.

Porque es una ley de Israel,
Un precepto del Dios de Jacob,
Una norma establecida para José
Al salir de Egipto.

Oigo un lenguaje desconocido:
“Retiré sus hombros de la carga,
Y sus manos dejaron la espuerta.

Clamaste en la aflicción, y te libré,
Te respondí oculto entre los truenos,
Te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.

Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡Ojala me escuchases, Israel!

No tendrás un dios extraño,
No adorarás un dios extranjero;

Yo soy el Señor, Dios tuyo,
Que te saqué del país de Egipto;
Abre la boca que te la llene.”

Pero mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:
Los entregué a su corazón obstinado,
Para que anduviesen según sus antojos.

¡Ojala me escuchase mi pueblo
Y caminase Israel por mi camino!:
En un momento humillaría a sus enemigos
Y volvería mi mano contra sus adversarios;

Los que aborrecen al Señor te adularían,
Y su suerte quedaría fijada;
Te alimentaría con flor de harina,
Te saciaría con miel silvestre.

Antífona 3

El Señor nos alimenta con flor de harina, nos sacia con miel silvestre.

LECTURA BREVE, Jn 15, 15-17

“ Ya no os llamo servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre.

Vosotros no me elegisteis a mi; he sido yo quien os eligió a vosotros y os he puesto para que vayáis y deis fruto y ese fruto permanezca. Y quiero que todo lo que le pida al Padre en mi nombre, Él se lo conceda. Yo os ordeno esto: Que os améis unos a otros.”

RESPONSORIO BREVE

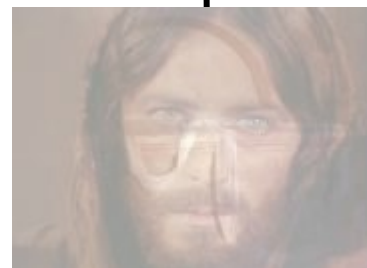
R/ Nos has rescatado, Señor, *Con tu sangre. Nos has rescatado.
V/ De toda raza, lengua, pueblo y nación* Con tu sangre. Gloria al Padre... Nos has rescatado.

BENEDICTUS

Antífona:

He deseado enormemente comer esta Pascua con vosotros antes de padecer.

Confíad y velad



Cántico del Benedictus (Lucas 1, 68-79)

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
Porque ha visitado y redimido a su pueblo.
Suscitándonos una fuerza de salvación
En la casa de David, su siervo,
Según lo había predicho desde antiguo
Por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
Y de la mano de todos los que nos odian;
Realizando la misericordia
Que tuvo con nuestros padres,
Recordando su santa alianza
Y el juramento que juró a nuestro padre Abraham

Para concedernos que, libres de temor,
Arrancados de las manos de nuestros enemigos,
Le sirvamos con santidad y justicia,
En su presencia todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
Porque irás delante del Señor
A preparar sus caminos,
Anunciando a su pueblo la salvación,
El perdón de los pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
Nos visitará el sol que sale de lo alto,
Para iluminar a los que viven en tinieblas
Y en sombra de muerte,
Para guiar nuestros pasos
Por el camino de la paz.

Gloria al Padre...

PRECES

Oremos a Cristo, Sacerdote eterno, a quien el Padre ungió con el Espíritu Santo para que proclamara la redención de los cautivos, y digámosle:

Señor, ten piedad.

Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la pasión y entrar así en la gloria,
-conduce a tu Iglesia a la Pascua eterna.

Tú que exaltado en la cruz quisiste ser atravesado por la lanza del soldado,
-sana nuestras heridas.

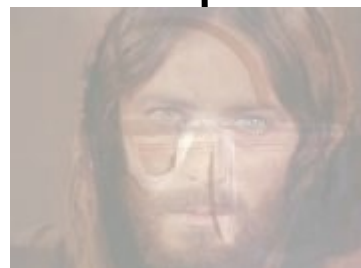
Tú que convertiste el madero de la cruz en árbol de la vida,
-haz que los renacidos en el bautismo gocen de la abundancia de los frutos de este árbol.

Tú que clavado en la cruz perdonaste al ladrón arrepentido,
-perdónanos también a nosotros, pecadores.

PADRE NUESTRO ...

ORACIÓN CONCLUSIVA

Nuestra salvación, Señor, es quererte y amarte; danos la abundancia de tus dones y, así como por la muerte de tu Hijo esperamos alcanzar lo que nuestra fe nos promete, por su gloriosa resurrección concédenos obtener lo que nuestro corazón desea. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.



Confíad y velad



En Cáritas queremos agradecer tu confianza y apoyo durante
La pandemia. Tu ayuda es muy valiosa. Por eso, este 2021
necesitamos seguir contando con tu colaboración.



Cáritas
Diócesis de Cartagena

CADA GESTO CUENTA

www.caritasregiondemurcia.org

Celebramos el día de la Caridad y nos sumamos a su propuesta de
reflexión y sensibilización

https://www.youtube.com/watch?v=1aF7Md_JS4s

https://www.caritas.es/cadiz/qhacemos_campanas_info.aspx?Id=924

Confianza y velación

31

Esquema de la celebración

1.- RITOS INTRODUCTORIOS

Procesión de entrada/ canto

Veneración del altar/ inclinación del presbítero y beso

El altar es símbolo del sacrificio que hizo Cristo por nosotros, por eso se realizan estos signos de alabanza, de acción de gracias.

Saludo del presbítero

Rito penitencial/ Señor ten piedad

Gloria

Oración colecta

Empieza con el “oremos” la dice el presbítero que preside la celebración y en ella recoge todo el sentido de estos primeros ritos.

2.- LITURGIA DE LA PALABRA

a/ Lecturas

1ª lectura

Salmo

2ª lectura

Evangelio

b/ Homilía/ signo del lavatorio

c/ Oración de los fieles (o peticiones)

3.- LITURGIA EUCARÍSTICA

a/ Ofertorio

b/ Plegaria Eucarística

Todas las oraciones del presbítero en torno a la consagración.

Incluye el Santo.

c/ Ritos de comunión

Padrenuestro

Paz

Fracción del pan

Comunión/ acción de gracias

Despedida

Confíad y velad

Celebración de la Eucaristía



MONICIÓN DE ENTRADA:

Celebramos hoy la Cena del Señor con la que Jesús instituyó la Eucaristía y el orden sacerdotal. Por la Eucaristía, memorial de su muerte y resurrección, la Iglesia recibe ánimo y aliento. Por el orden sacerdotal, Jesús llama a los que han de seguir actuando en su nombre, confortando y asistiendo a su pueblo.

Además, Jesús, nos dejó un mandamiento nuevo, “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Y como gesto de servicio lavó los pies a sus discípulos.

En este día Jesús quiso manifestarnos su amor con las palabras más hermosas y los signos más sorprendentes. Es lo que hoy recordamos y celebramos, siguiendo el deseo del mismo Jesús.

En la celebración de hoy, estemos atentos y vigilantes, para que el Amor Salvífico de Nuestro Señor actúe sobre nosotros, y sepamos seguir Su Ejemplo, amando a nuestros hermanos como Cristo nos ama.



CANTO DE ENTRADA: “Alrededor de tu mesa”

PETICIONES DE PERDÓN:

Por creernos superiores a los demás y no vivir en actitud de servicio:

R./ Señor, ten piedad.

V./ Señor, ten piedad.

Por se duros de corazón y no vivir en actitud de misericordia:

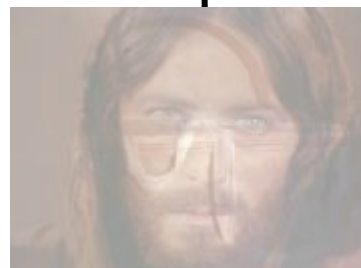
R./ Cristo, ten piedad.

V./ Cristo, ten piedad.

Por ser cobardes y conformistas y no vivir en actitud de responsabilidad y compromiso:

R./ Señor, ten piedad.

V./ Señor, ten piedad.



CANTO PENITENCIAL:

“Ten piedad, Señor, ten piedad”

Confíad y velad

GLORIA: “Gloria, gloria a Dios en el cielo”

MONICIÓN A LAS LECTURAS:

La Liturgia de la Palabra nos presenta en la primera lectura la fiesta de la Pascua judía. Era un día memorable porque recordaba y actualizaba la liberación de los hebreos de la opresión del pueblo egipcio. Celebraban anualmente este hecho con un banquete ritual lleno de símbolos.

San Pablo en la segunda lectura nos muestra cómo la celebración eucarística no es solamente el centro del culto cristiano, sino el espacio esencial de la proclamación evangélica: “Cada vez que coméis de este pan, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva”

Y en el Evangelio Jesús lava los pies a sus discípulos. Nos dice que el amor tiene que ponerse el traje de faena y dedicarse a servir, siempre a los pies del otro, y cansarse y que nos duela.

PRIMERA LECTURA: Ex.12,1-8;11-14

SALMO: Antífona:

“El cáliz que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo”

SEGUNDA LECTURA: I Cor. 11, 23-26

VERSÍCULO:

“Os doy un mandato nuevo”

EVANGELIO: Jn 13, 1-15

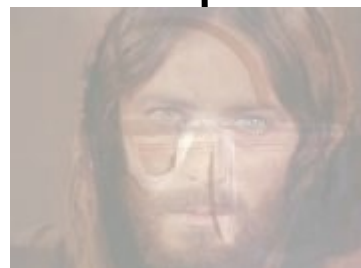
MONICIÓN AL LAVATORIO

A continuación vamos a participar en el gesto simbólico del lavatorio de los pies de Jesús a sus discípulos.

Con este acto recordamos la profunda acogida que Dios nos regala a todos, especialmente a los más necesitados y desfavorecidos; es el momento también de recordarnos a nosotros mismos que estamos llamados a vivir en esta actitud de servicio a los demás, que es lo que realmente da sentido y plenitud a nuestras vidas.

CANTO DURANTE EL LAVATORIO:

“Sigue habiendo”; “Os doy un mandato”.



Confíad y velad

ORACIÓN DE LOS FIELES (PETICIONES):

Por los millones de niños que sufren violencia y explotación.
Por los millones de niños que sufren enfermedad y hambre.
Por los millones de niños que sufren muerte premeditada.
Para que obtengan el derecho a la vida, a una familia, y la esperanza de un futuro mejor. Roguemos al Señor.

Para que día a día, abramos nuestro corazón a tu amor, al de nuestros hermanos, dejando de lado rencores y odios. Roguemos al Señor.

Para que seamos capaces de saludarnos mutuamente en la Paz; y vivamos siempre unidos por la comprensión, la tolerancia y el perdón. Roguemos al Señor.

Roguemos por las naciones y los pueblos en guerra o enfrentados por intereses económicos o comerciales, para que recobren la tranquilidad, la libertad, la justicia y la paz. Roguemos al Señor

Por todas las víctimas del terrorismo y sus familias que encuentren consuelo en la sociedad y en el mensaje de amor de Jesús. Roguemos al Señor.

OFERTORIO:

"Qué te puedo dar"

Te ofrecemos, Señor, estas Flores, que están siempre presentes en nuestras celebraciones. Son símbolo de la alegría de cada día, de agradecimiento por el don de la vida.

Te presentamos estas semillas. Representan la Palabra de Dios, que, anunciada por tus ministros, quiere florecer en un mundo lleno de tristeza y desesperanza. Que ellas sean signo de nueva vida en este júbilo eterno.

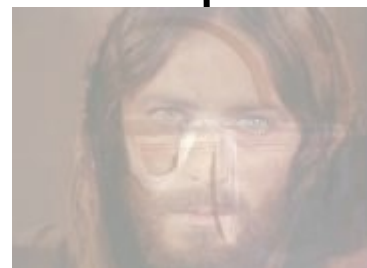
El pan y el vino quieren ser nuestro sustento. Escogiste, Señor, lo sencillo y lo humilde para acercarte a nosotros. Te presentamos nuestras ilusiones, sueños y esperanzas en este pan y este vino en los que vas a hacerte presente.

SANTO:

"Señor Santo Dios del universo"

PAZ:

"Paz en la tierra"



Confíad y velad

COMUNIÓN:

"El Señor Dios nos amó"

TRASLADO DEL SANTÍSIMO AL MONUMENTO:

Ahora vamos a proceder a la reserva solemne del Cuerpo de Cristo para la comunión de mañana. Si podemos, hagamos también esta noche un tiempo de oración ante el Santísimo Sacramento. Contemplemos el gran don de la Eucaristía. Agradecemos la presencia amorosa del Señor Jesucristo entre nosotros.

CANTO:

Cantemos al Amor de los Amores, cantemos al Señor.
Dios está aquí, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor.
Gloria a Cristo Jesús; cielos y tierra, bendecid al Señor.
Honor y gloria a Tí, rey de la gloria; amor por siempre a Tí,
Dios del Amor.



Confíad y velad

36

Hora santa



Anton Rafael Mengs. Oración en el huerto. Colección Carlos III. Patrimonio Nacional. 1769

Vamos a acompañar juntos a Jesús en esta Noche Santa. Aunque es de noche, esta hora es una hora de luz y queremos que Él nos ilumine. Es la hora del amor, prolongación del amor hasta el extremo que hemos celebrado esta tarde. Las palabras de Jesús, los signos que realizó, los gestos inolvidables durante la Última Cena proclaman su generosidad desbordante y su amor incondicional. Antes de entregarse a la muerte quiso darnos la prueba suprema del amor y enseñarnos cómo tenemos que amar al prójimo, al hermano. En la escuela de Jesús, próxima a la cruz, podemos hoy aprender la gran lección que Él nos brinda: cómo amar. No nos durmamos. Abrámonos al Espíritu, ese fuego misterioso que arde en lo más hondo de nuestro corazón y pidámosle que nos ayude a orar, a escuchar, a mirar a Jesús y a permanecer en esta hora cerca de Él.

SILENCIO ORANTE:

Confíad y velad

37

Vamos a iniciar esta HORA meditando sobre **siete palabras** clave que bien pueden resumir el camino de Jesús vivido en Getsemaní.

1ª Palabra. Jardín

Jesús inicia el camino que le llevaría a la cruz en un jardín, que Marcos y Mateo llaman Getsemaní [Mc 14,32; Mt 26,36]. Como dice Juan, Jesús se retiraba a menudo al jardín con sus discípulos:

Después de decir esto, Jesús salió con sus discípulos al otro lado del monte Cedrón, donde había un huerto. Entraron allí él y sus discípulos. [Jn 18,1].

Jesús, como Adán, fue tentado precisamente en el jardín, y en un jardín se encontraba también la tumba de la resurrección. El tema teológico de 'Jesús nuevo Adán', que Pablo afronta en la Carta a los Romanos [Rm 5,12-21] está estrechamente ligado a lo que ocurre en el jardín de Getsemaní.

Dios creó a Adán como primer hombre, a su imagen y semejanza, y le pone en el jardín del Edén, el lugar en el que es tentado y donde peca comiendo el fruto prohibido [Gn 2 y 3].

En el jardín de Getsemaní Jesús, el nuevo Adán, compartió la miseria del hombre, su doble condición de bien y mal. Pero es en su obediencia a la voluntad del Padre y venciendo en sí mismo el pecado como se convierte en el nuevo Adán [Hb 10,5ss] que salva a la humanidad entera y restituye al hombre la semejanza con Dios.

Jesús reabre el jardín, el lugar que Dios ha destinado al hombre, el lugar del Cantar de los Cantares en el que el esposo encuentra a la esposa. El jardín que Jesús reabre es el lugar en el que el encuentro con Dios se convierte en amor y nueva alianza.

«En el Monte de los Olivos Jesús experimentó la última soledad, toda tribulación del ser hombre. Aquí, el abismo del pecado y del mal le llegó hasta el fondo del alma. Aquí se estremeció ante la muerte inminente. Aquí le besó el traidor. Aquí todos los discípulos lo abandonaron. Aquí él luchó también por mí». [Benedicto XVI]

[SILENCIO ORANTE]



Confíad y velad

38

2ª Palabra. Angustia

La única ocasión en la que Marcos emplea la palabra «angustia» atribuyéndosela a Jesús es en la escena del Huerto de los Olivos, cuando «se lleva consigo a Pedro, Santiago y a Juan y empezó a sentir espanto y angustia» [Mc. 14,33].

Que se trató de una verdadera angustia, lo revelan las propias palabras de Jesús: «Mi alma está triste hasta la muerte» [Mc 14,34]. Jesús utiliza el lenguaje de los Salmos: «¿Por qué te acogojas, alma mía?» [Sal 43,5].

Se puede afirmar, por tanto, que si hay un momento y un lugar en los que se muestra de modo inequívoco la humanidad de Jesús, es en el Huerto de los Olivos. En aquella noche de la traición, Jesús asume toda la tristeza humana, nuestras penas, nuestras lágrimas.

Allí aparece la debilidad de un Jesús lleno de miedo. Lucas lo describe «en medio de su angustia»: Jesús, sufriente como Job, se siente espantado ante el miedo a la muerte [Lc 22,44].

La experiencia de Getsemaní es una experiencia de profunda soledad. En esta ocasión, el Padre calla. Y Jesús no vive la angustia de la soledad externamente, como si fuera un simple testigo, sino en lo más profundo de su interioridad, como la persona más sola y abandonada, puesto a prueba en «la carne, que es débil», es decir, en su más íntima humanidad. Tan sólo Lucas se atreverá a poner en escena el consuelo de un ángel [Lc 22,43].

Esta noche de angustia está inscrita en el designio de amor de Dios por el hombre; la oración de Jesús es la misma a la que cada hombre debe aferrarse en los momentos de oscuridad.

SILENCIO ORANTE

REFLEXIÓN: ¿Qué actitud tenemos frente a la angustia de nuestro prójimo?



Juan de Juanes. Agonía en el huerto.
Museo del Prado. c.1600

Confíad y velad

39

3ª Palabra. Oración

«Sentaos aquí, mientras yo hago oración.» [Mc 14, 35]

Jesús combate su debilidad aferrándose a su oración al Padre. Toda la vida de Jesús fue una íntima relación con el Padre. Cuando se retira a rezar, solo, en un alto o en el desierto, al reunirse después con los apóstoles no les cuenta nunca nada de su diálogo con el Padre.

También en Getsemaní Jesús se retira para rezar, en aquel lugar silencioso y apartado al que iba a menudo. Su oración ahora es más intensa que nunca: es la oración de un condenado a muerte que pide no tener que morir.

REFLEXIÓN: Jesús nos dice esta noche que es posible orar al Padre desde toda situación humana. En la angustia, en la debilidad, en la enfermedad, en las persecuciones. También en la fiesta, en la alegría, cuando estamos bien. Se puede hablar con el Padre siempre. Porque el Padre está con Jesús, con nosotros, con todos.

SILENCIO ORANTE



Tiziano. Cristo orando en el monte de los Olivos.
1856

Confiad y velad

40

4ª Palabra. Traición

Jesús le dice [a Pedro]: «Yo te aseguro que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres.» [Mc, 14, 30]

Mirad, el que me va a entregar está cerca.» Todavía estaba hablando, cuando de pronto se presenta Judas, uno de los Doce, acompañado de un grupo con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes, de los escribas y de los ancianos." [Mc, 14, 42-43]

La fragilidad humana que lleva a la traición no se manifiesta sólo en Judas, sino también en el mismo Pedro, el apóstol elegido para sostener y congregar a los discípulos tras la muerte de Jesús.

Pero Pedro, después de la detención de Jesús, lo niega más veces. Es verdad que seguía a su Maestro de lejos, pero el miedo a ser reconocido como seguidor suyo lo llevó a jurar no conocerlo; el canto del gallo lo devuelve a la realidad, a reconocer su incapacidad de ser fiel. Y a partir de este reconocimiento y del llanto amargo descrito por los sinópticos, nace en Pedro una nueva conversión que, a diferencia de Judas, lo mantendrá en su papel de cabeza de los apóstoles, incluida la elección del martirio a ejemplo de Cristo.

«Cuando pensamos en el papel negativo que desempeñó Judas, debemos enmarcarlo en el diseño superior de Dios, que guía los acontecimientos. Su traición llevó a la muerte de Jesús, quien transformó este tremendo suplicio en un espacio de amor salvífico y en entrega de sí mismo al Padre (cf. Gal 2,20; Ef 5,2.25). En su misterioso plan de salvación, Dios asume el gesto injustificable de Judas como ocasión de la entrega total del Hijo por la redención del mundo». (Benedicto XVI. Audiencia general, 18 de octubre de 2006).

SILENCIO ORANTE



Godfried Schalken. La traición de Judas. 1665.
Museo del Prado.

Confíad y velad

41

5ª Palabra. Abandono

"Viene entonces y los encuentra dormidos; y dice a Pedro:

«Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar?» [Mc, 14, 37]

"Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados; ellos no sabían qué contestarle." [Mc, 14, 40]

La escena de Getsemaní ofrece otro contraste dramático, como el de la Última Cena. Mientras Jesús agoniza, los discípulos, aun los más íntimos, duermen. Pueden más en ellos el cansancio y el sueño que la situación y el ruego del amigo.

Ni Pedro, ni Juan, ni Santiago estuvieron a la altura de las circunstancias. ¿Qué bueno hubiera sido que acompañaran a Jesús, aunque no dijeran nada, pero que quisieran compartir con él esos momentos tan difíciles y... consolarlo! También habría sido bueno para ellos mismos, porque necesitaban con fuerza más vigilancia y oración. Pero fueron unos inconscientes...

Nos pasa a todos muchas veces. No sabemos o no somos capaces de estar cerca del hermano o del amigo que nos necesita. Nos pide una palabra, un gesto, una presencia comprensiva y solidaria, pero nosotros dormimos, vamos a lo nuestro.

SILENCIO ORANTE

REFLEXIÓN: ¿Tenemos los ojos abiertos, oramos o nos dormimos como los tres discípulos?

SILENCIO



Giorgio Vasari. La oración en el Huerto. Museo del Prado. 1630

Confíad y velad

42

6ª Palabra. Consuelo

Ese Ángel del consuelo enviado por el Padre nos hace andar. Aparece esta luz cuando estamos perdidos dentro de nosotros mismos, cuando el ahogo de nuestro pecho no deja pasar el aire y todo es abatimiento y desaliento, todo es oscuridad; en esos momentos tristes de nuestra vida no vemos la salida, atraviesa nuestro corazón parando todo entendimiento. Pero, sin esperar, una mañana nos levantamos mejor, el Sol nos ilumina, es cálido y de pronto todo se ha transformado; parece que, de repente, Dios nos ha tocado. Ha venido a visitarnos un Ángel, Él nos ha traído las ganas de vivir, la suave mano del consuelo. Nos hemos abierto al día y a la noche. Nuestro dolor va desapareciendo. Los miedos salieron de nuestra alma y como un río que empieza a correr, hemos empezado la vida.

No nos extrañemos. Todos necesitamos el ángel del consuelo. Pero todos podemos ser también ángeles del consuelo, el que comprende e ilumina, el que comparte y alivia. ¡Se necesitan muchos ángeles así!

Ponemos, Señor, todo el sufrimiento humano ante ti que aquí sufriste, rezaste, gritaste y lloraste para ofrecer a todos, la fuerza y el consuelo. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SILENCIO ORANTE

REFLEXIÓN: Señor, ¿cómo podemos consolar tu corazón tan ultrajado y herido por tanto abandono caído sobre él? Solamente amándonos como tú nos amas. Sólo el amor nos puede llevar a dar la vida por ti como tú la has dado por nosotros: Señor, llénanos de amor puro hacia ti y hacia mis hermanos. Jesús, ojalá veas que tu sacrificio y tu palabra no han sido inútiles.

SILENCIO



Carl Bloch. Un ángel consolando a Jesús antes en Getsemaní.
Museo de Historia Nacional. Copenhague. 1875

Confíad y velad

43

7ª Palabra. Acatamiento

[En Getsemaní] «se postró en tierra y suplicaba que, a ser posible, no tuviera que pasar por aquel trance. Decía: «¡Abba!, Padre. Tú lo puedes todo. Aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú». [Mc 14,26]

Jesús sabía lo que iba a suceder y su oración en Getsemaní trataba de acortar la distancia que existía entre el rechazo al gran sufrimiento que lo llevaría a la muerte y la voluntad de aprender

la obediencia al Padre. En eso consistió, sustancialmente, la oración de Jesús a su Padre, su 'Abba': unirse fielmente a su voluntad, por más oscura y difícil de aceptar que fuera. Y es que Jesús mismo había exhortado en variadas ocasiones a los apóstoles a ponerse en disposición de cumplir la voluntad de Dios: «El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» [Mt 12,50].

Vicente de Paúl no dedica a ninguna virtud tantos elogios como al ejercicio de la voluntad de Dios. Dice de él que es un medio «infallible», «seguro», «universal», «rápido», «fácil», «excelente», «compendioso» y «el menos expuesto a engaño», y «si hay algún otro ejercicio que lleve a la perfección se encontrará eminentemente en éste». Y con los misioneros comentaba: «La perfección no consiste en éxtasis, sino en cumplir bien la voluntad de Dios».

Por consiguiente, ¡Qué alegría poder decir al final de nuestros días: he procurado siempre buscar y seguir la voluntad de Dios en todo! No nos alegrarán tanto los triunfos cosechados, ni nos importarán demasiado los fracasos y los sufrimientos padecidos. Lo que nos importará, y mucho, es si hemos amado el querer de Dios sobre nuestra vida, que se manifestó unas veces de modo más general y otras de forma muy concreta. Siempre con la suficiente claridad, si no cegamos la luz del alma, que es la conciencia.

SILENCIO ORANTE



El Greco. Oración en el huerto. Detalle. Iglesia de Santa María la Mayor de Andújar, Jaén. 1607



El Greco. Oración en el huerto. Detalle. I
Iglesia de Santa María la Mayor de Andújar, Jaén. 1607

Confiad y velad

45

Confiad y velad

46

El Reino se hace creíble



Viernes Santo



¿Quién ha dicho que la vida no es un camino de sufrimiento y dolor? Desde luego Jesucristo en ningún momento quiso hacernos creer esto... ¿Eso excluye a las alegrías, ilusiones y esperanzas? Por supuesto que no.

¿Cuántas personas sufren la desolación? ¿Cuántas personas sufren el abandono? ¿Cuántas sufren la pobreza? ¿Cuántas la marginación? Muchas preguntas podremos hacernos nosotros sobre cómo es el sufrimiento de los demás y no encontrar nunca la respuesta. Sin embargo Jesús sí la sabía y mostrando su lado más humano, se acercó a este sufrimiento cargando con su propio sufrimiento y con el de todos nosotros.

Sintámonos, pues, orgullosos de sufrir con el que sufre y llorar con el que llora. Porque eso no nos hará infelices, sino conscientes de que por mucho que nos sintamos abatidos, cansados o doloridos llevando nuestra cruz, no estamos solos y durante todo nuestro caminar estará Dios ayudándonos, acompañándonos, dándonos esperanza.

Miremos a la Cruz de Cristo conocedores de que en ella hay un pedacito de todos nosotros.



Confíad y velad

VIERNES SANTO

***INTRODUCCIÓN:** “Luto y ayuno”.

***ESTRUCTURA DE LA CELEBRACIÓN.**

***GESTOS Y SÍMBOLOS:** El Viernes Santo es un día “pobre” en signos, lo cual es precisamente un signo de la sobriedad, de la tristeza, y de la ausencia de Cristo, ya muerto.

a) AYUNO

- No es penitencial.
- Renuncia, entrega (dentro del proceso pascual).
- Relativizar lo propio.
- Descubrir el sentido de la vida.

b) PASIÓN. (Jn)

- ¿Lectura del acontecimiento histórico o algo actual?.
- Elementos que faltan.
- Elementos que destacan.
- Cruz como cumplimiento.

c) CRUZ.

- Cruz gloriosa.
- Pascua de resurrección.
- Significado ayer: escándalo y necesidad.
- Significado hoy: salvación, amor.

D) VIA CRUCIS (Procesión).

- No es un signo.
- Relación con la liturgia.
- Muestra la grandeza del Amor de Dios y del pecado del Hombre.

***NOSOTROS:**

-Víctimas y cómplices de este "drama" padecido por Jesús y vivo en muchos hermanos.

¿Cómo mirar la Cruz y descubrir en ella el amor de Dios?



Confíad y velad

Oración de la mañana



AMBIENTACIÓN GENERAL DEL DÍA

Jesús nos entrega su vida. Se ha hecho Palabra nacida del amor del Padre, ha convivido con sus contemporáneos, se ha acercado a todos, especialmente a los más necesitados de cariño, de perdón, de consuelo ... su amor ha llegado al extremo. No se ha reservado nada; su incondicionalidad le ha llevado a la cruz, como consecuencia de lo que ha sido su vida.

Hoy le contemplamos solo, incomprendido, abandonado de los suyos, padeciendo temor y dolor, pero abandonándose en las manos del Padre; sin entender del todo, se fía y llega hasta el final.

El memorial de su Pasión y Muerte no es sólo recuerdo; se actualiza en cada hombre que sufre, en cada situación de injusticia, de violencia, de padecimiento... Pero también está cargado de esperanza para nosotros. Sabemos que la muerte no tiene la última palabra y que tiene sentido amar hasta desgastar la vida.

INVOCACIÓN INICIAL

V/ Dios mío, ven en mi auxilio.

R/ Señor, date prisa en socorrerme.

V/ Gloria al Padre...

R/ Como era en el principio...



HIMNO:

En tu cruz sigues hoy, Jesús.
Te acompaña por donde vas.
En el hombre que está en prisión,
en el que sufrirá la tortura
en nombre de Dios.
Cada llanto de un niño
es un clamor que se eleva a ti.
Me recuerda que aún,
veinte siglos después,
continúas muriendo ante mí.

**Tú, en tu cruz sigues hoy.
Continúas muriendo ante mí,
sigues clavado en cruz. (2)**

Has vivido la destrucción,
has probado la esclavitud.



Confíad y velad

El desprecio y la ambigüedad
han marcado tu piel,
han dejado un surco en ti.
Las rodillas, al tropezar,
han tocado este mundo cruel.
Tu mirada es hoy
más profunda que ayer.
Continúas muriendo ante mí.

MONICIÓN AL SALMO 50

El hombre ante Dios reconoce su propia injusticia e invoca su misericordia. Dios hace a su Hijo solidario con el hombre hasta las últimas consecuencias: su muerte. El Padre hará justicia salvando a su Hijo y convirtiéndolo en nuestra justicia. (Lo recitamos a dos coros).

Antífona 1

La misericordia del Señor, cada día cantaré

Salmo 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti sólo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

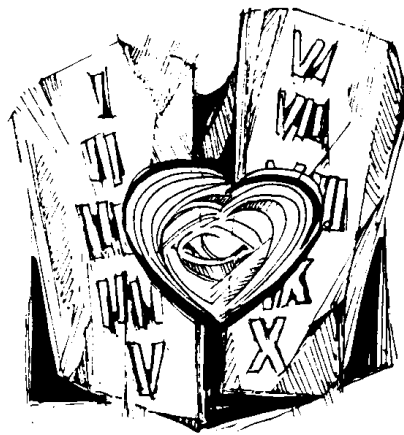
Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afíanzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.



Confiad y velad

Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.

Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Antífona 1

La misericordia del Señor, cada día cantaré.

MONICIÓN AL CÁNTICO

Los tiempos vividos por Habacuc fueron convulsos, zarandeados por el sucesivo predominio de las potencias políticas del momento. Ahora son los Caldeos los que ponen en peligro el equilibrio y la prosperidad de Israel. Por eso *vacilan sus piernas al andar y gime ante el día de angustia que se avecina*.

El recuerdo de la actuación de Dios en la historia que reflejan las primeras estrofas, ayuda al salmista a sostener la esperanza apoyada en la fe más desnuda, para proclamar en la última parte del himno, la confianza en la fidelidad de Dios, incluso ahora que más difícil parece la posibilidad de su percepción.

Temán y Farán son dos montes en la ruta del Éxodo que refrescan el compromiso de Alianza realizada en el Sinaí. Un viaje que también es evocado en el pasaje del mar rojo. Junto a esta experiencia, la de la creación del mundo, que se nos recuerda en cada amanecer.

Del mismo modo, el himno nos invita a presentar nuestras desesperanzas al Padre, y a hacerlo de modo confiado refrescando el recuerdo de las ocasiones en que hemos podido percibir la mano de Dios en nuestras vidas. Entonces como ahora, sólo será posible cuando la distancia permita englobar todos los acontecimientos. Entre tanto, queda sólo la oración desnuda.

Actitudes que encontraremos hoy en los labios de Jesús expresados en el grito: “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”

Lo rezaremos del siguiente modo: el presidente hará la invocación inicial (... acuérdate de la misericordia). Toda la asamblea recitará al unísono el recuerdo de la actuación de Dios (... al pueblo que nos oprime). Un solista presentará la dificultad actual (...y no quedan vacas en el establo). Y un segundo salmista concluirá el himno con la proclamación de fe.

Antífona 2

Nada nos separará, del amor de Dios

Cántico Ha 3, 2-4 13a. 15-19

Señor, he oído tu fama,
me ha impresionado tu obra.
En medio de los años, realízala;
en medio de los años, manifiéstala;
en el terremoto, acuérdate de la misericordia.



Confiad y velad

El Señor viene de Temán;
el Santo, del monte Farán:
su resplandor eclipsa el cielo,
la tierra se llena de su alabanza;
su brillo es como el día,
su mano destella velando su poder.

Sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido;
pisas el mar con tus caballos,
revolviendo las aguas del océano.

Lo escuché y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios;
me entró un escalofrío por los huesos,
vacilaban mis piernas al andar;
gimo ante el día de angustia
que sobreviene al pueblo que nos oprime.

Aunque la higuera no echa yemas
y las viñas no tienen fruto,
aunque el olivo olvida su aceituna
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil
y no quedan vacas en el establo,
yo exultaré con el Señor,
me gloriaré en Dios, mi salvador.

El Señor soberano es mi fuerza,
él me da piernas de gacela
y me hace caminar por las alturas.

Antífona 2

Nada nos separará del amor de Dios.

MONICIÓN AL SALMO 147

El autor de este himno vivió posiblemente en tiempos de Nehemías. Por entonces se reconstruyeron las murallas de Jerusalén, pero el pueblo está pasando momentos de escasez y de hambre, de luchas con los persas, con los samaritanos y con un grupo de judíos aprovechados.

El salmista vuelve a meditar en la maravilla de la creación (*envía una orden y se derriten*), en la reconstrucción de la nación después del exilio (*ha puesto paz en sus fronteras*), y sobre todo en el don de la Palabra que ha permitido captar la novedad de su Dios. ¿Quién ha recibido estos beneficios sino el pueblo con el que Dios estableció la alianza?

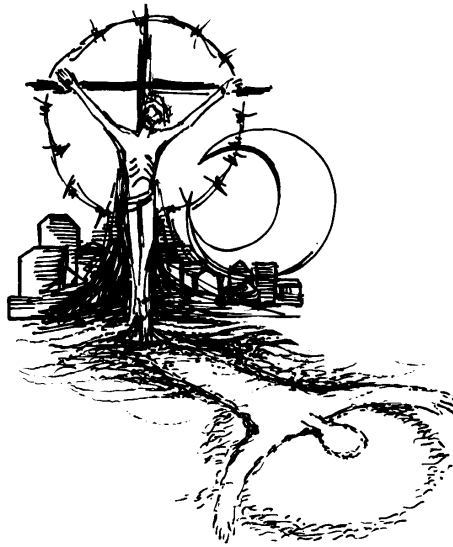
Por ello nos invita a poner entre las manos, en este momento de oración, el vínculo que nosotros hemos establecido con nuestro Dios a lo largo de nuestra historia. Una relación desde la que el salmista invita a afrontar las dificultades actuales.

Una Alianza que impulsó a Jesús durante su vida pública, que lo sostuvo en la desesperación de Getsemaní, y que le permitió llevar hasta el último extremo su identidad.

Lo recitamos al unísono.

Confíad y velad

53



Antífona 3

Quiero alabarte

Salmo 147

Glorifica al Señor, Jerusalén:
alaba a tu Dios, Sión:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;
ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza;

hace caer el hielo como migajas
y con el frío congela las aguas;
envía una orden, y se derriten;
sopla su aliento, y corren.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.

Antífona 3

Quiero alabarte

LECTURA BREVE Ef 2,13-16

Ahora estáis en Cristo Jesús. Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estábais lejos. Él es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, derribando con su carne el muro que los separaba: el odio. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y reglas, haciendo las paces, para crear con los dos, en él, un solo hombre nuevo. Reconcilió con Dios a los dos pueblos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, al odio.

En lugar del responsorio breve, se dice

Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección,
glorificamos (bis)

Por el madero, ha nacido la hermosura
al mundo entero (bis)

BENEDICTUS

Antífona: Encima de su cabeza colocaron un letrero con la acusación: "Jesús el Nazareno, el rey de los judíos." (Ver en la página 30).



Confíad y velad

PRECES

Adoremos a nuestro redentor, que por nosotros y por todos los hombres quiso morir y ser sepultado para resucitar de entre los muertos, y supliquémosle, diciendo: *Señor, ten piedad de nosotros.*

Por toda la Iglesia, para que el Señor le dé la paz y la proteja por toda la Tierra. Oremos.

Por el Papa Francisco y por nuestros obispos, para que sirvan y Dios los proteja buscando el bien de toda la Iglesia, como guías del pueblo de Dios. Oremos.

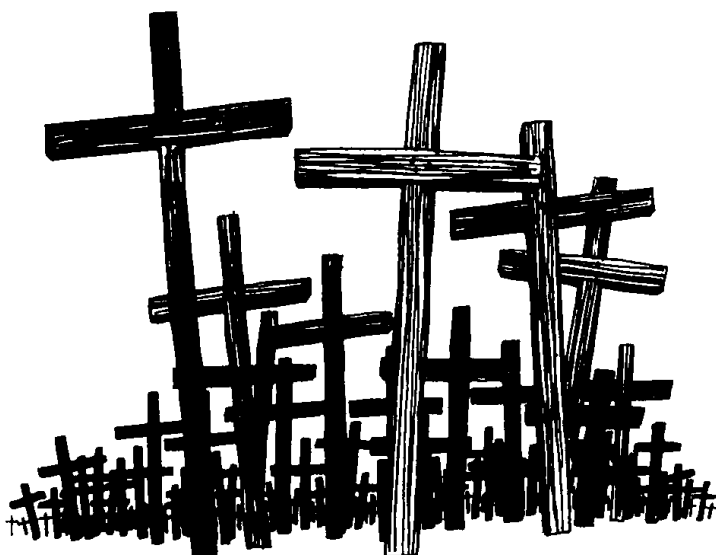
Por todos los que en el mundo sufren las consecuencias de la injusticia, la persecución, la guerra... especialmente de los afectados por epidemia de la COVID, para que el Señor les conceda el consuelo y la fuerza necesaria para hacer frente a las adversidades. Oremos.

Oremos por los que no creen en Dios, para que gocen de una vida plena y llena de amor, puedan llegar a conocerle como un don. Oremos.

Por todos aquellos que creen en Cristo: católicos, ortodoxos y protestantes; para que Dios nuestro Señor nos asista y congregue en una sola Iglesia. Oremos.

ORACIÓN CONCLUSIVA

Mira, Señor de bondad, a tu familia santa, por la cual Jesucristo, nuestro Señor, aceptó el tormento de la cruz, entregándose a sus propios enemigos. Por nuestro Señor Jesucristo tu hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.



Confíad y velad

Via Crucis

INTRODUCCIÓN

La misericordia es el canal de la gracia de Dios que llega a todos los hombres y mujeres de hoy. Hombres y mujeres a menudo perdidos y confundidos, materialistas e idólatras, pobres y solos. Miembros de una sociedad que parece haber desterrado el pecado y la verdad.

«Volverán sus ojos hacia mí, al que traspasaron» (Za 12,10). Que las palabras proféticas de Zacarías se cumplan también en nosotros esta tarde. Que se eleve la mirada de nuestras infinitas miserias para posarse sobre él, Cristo Señor, Amor misericordioso. Entonces podremos contemplar su rostro y escuchar sus palabras: «Con amor eterno te amé» (Jr 31,3). Él, con su perdón, borra nuestros pecados y nos abre el camino de la santidad, en el que abrazaremos nuestra cruz, junto con él, por amor a los hermanos. La fuente que ha lavado nuestro pecado se transformará dentro de nosotros «en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14).

Breve pausa de silencio

Oremos

Padre eterno,

Por medio de la Pasión de tu amado Hijo,
has querido revelarnos tu corazón
y darnos tu misericordia.

Haz que, unidos a María, Madre suya y nuestra,
sepamos acoger y custodiar siempre el don del amor.

Que ella, Madre de la Misericordia,
te presente las oraciones que elevamos por nosotros y por toda la humanidad,

para que la gracia de este Vía Crucis
llegue a todos los corazones humanos
e infunda en ellos una esperanza nueva,
esa esperanza indefectible

que irradia desde la cruz de Jesús,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Confíad y velad



Via Crucis

Estación 1: Jesús condenado a muerte

- V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
- R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.



Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 14-15)

Pilato les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Ellos gritaron más fuerte: «Crucifícalo». Y Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Jesús está solo ante el poder de este mundo. Y se somete hasta el final a la justicia de los hombres. Pilato se encuentra ante un misterio que no llega a comprender. Se interroga y pide explicaciones. Busca una solución y llega, posiblemente, hasta el umbral de la verdad. Pero decide no cruzarlo. Entre la vida y la verdad escoge la propia vida. Entre el hoy y la eternidad elige el hoy.

La muchedumbre elige a Barrabás y abandona a Jesús. La gente quiere la justicia de la tierra y opta por el justiciero: aquel que podría liberarles de la opresión y del yugo de la esclavitud. Pero la justicia de Jesús no se cumple con una revolución: pasa a través del escándalo de la cruz. Jesús desbarata cualquier plan de liberación porque toma sobre sí el mal del mundo y no responde al mal con el mal. Y esto los hombres no lo entienden. No entienden que la justicia de Dios pueda derivarse de una derrota del hombre.

Cada uno de nosotros forma parte hoy de la muchedumbre que grita: «¡Crucifícale!». Nadie puede sentirse excluido. La muchedumbre y Pilato, en efecto, están dominados por una sensación interior que acomuna a todos los hombres: el miedo. El miedo a perder las propias seguridades, los propios bienes, la propia vida. Pero Jesús señala otro camino.

Señor Jesús,
cómo nos sentimos semejantes a estos personajes.

¡Cuánto miedo hay en nuestra vida!

Tenemos miedo del diferente, del extranjero, del emigrante. Nos causa temor el futuro, los imprevistos, la miseria. Cuánto miedo hay en nuestras familias, en los lugares de trabajo, y en nuestras ciudades...

Y, tal vez, tenemos miedo también de Dios: miedo del juicio divino, que nace de la poca fe, de no conocer su corazón y de las dudas sobre su misericordia.

Señor Jesús, condenado por el miedo de los hombres, líbranos del temor de tu juicio.

Haz que el grito de nuestras angustias no nos impida sentir la dulce fuerza de tu invitación: «¡No tengáis miedo!».



Confíad y velad

Estación 2: El beso de Judas



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,20)

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo.

El miedo ha emitido la sentencia, pero no puede desvelarse y se esconde detrás de las actitudes del mundo: escarnio, humillación, violencia y burla. Ahora Jesús está revestido con sus ropas, con su sola humanidad, dolorosa y sangrante, sin púrpura, ni ningún signo de su divinidad. Y así lo presenta Pilato: «Ecce homo!» (Jn 19,5).

Esta es la condición de todo el que se pone a seguir a Cristo. El cristiano no busca el aplauso del mundo o la aprobación de la calle. El cristiano no adula y no dice mentiras para conquistar el poder. El cristiano acepta el escarnio y la humillación a causa del amor y de la verdad.

«¿Qué es la verdad?» (Jn 18,38), preguntó Pilato a Jesús. Esta es la pregunta de todos los tiempos. Es la pregunta de hoy. Aquí está la verdad: la verdad del Hijo del hombre predicho por los profetas (cf. Is 52,13-53,12), un rostro humano desfigurado que desvela la fidelidad de Dios.

En cambio, demasiado a menudo, buscamos la verdad a bajo precio, que se acomode a nuestra vida, que responda a nuestras inseguridades o incluso que satisfaga nuestros intereses más bajos. De este modo, terminamos conformándonos con verdades parciales o aparentes, dejándonos engañar por «profetas de desventura que anuncian siempre lo peor» (san Juan XXIII) o por hábiles flautistas que anestesian nuestro corazón con músicas sugerentes que nos alejan del amor de Cristo.

El Verbo de Dios se ha hecho hombre,

Vino a enseñarnos la verdad toda entera, sobre Dios y el hombre.

Dios es aquel que toma la cruz sobre sus hombros (cf. Jn 19,17) y se encamina por la vía del don misericordioso de sí mismo.

Y el hombre que se realiza en la verdad es aquel que lo sigue en ese mismo camino.

Señor Jesús, concédenos contemplarte en la teofanía de la cruz, el punto más alto de tu revelación, y de reconocer también en el esplendor misterioso de tu rostro los rasgos de nuestro rostro.



Confiad y velad

Estación 3: Jesús cae por primera vez



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 4.7)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

Jesús es el Cordero, predicho por el profeta, que ha cargado sobre sus hombros el pecado de toda la humanidad. Se ha hecho cargo de la debilidad del amado, de sus dolores y delitos, de sus iniquidades y maldiciones. Hemos llegado al punto extremo de la encarnación del Verbo. Pero hay un punto aún más bajo: Jesús cae bajo el peso de esta cruz. ¡Un Dios que cae;

En esta caída está Jesús que da sentido al sufrimiento de los hombres. El sufrimiento para el hombre es a veces un absurdo, incomprendible para la mente, presagio de muerte. Hay sufrimientos que parecen negar el amor de Dios. ¿Dónde está Dios en los campos de exterminio? ¿Dónde está Dios en las minas y en las fábricas donde trabajan los niños como esclavos? ¿Dónde está Dios en las pateras que se hunden en el Mediterráneo? Jesús cae bajo el peso de la cruz, pero no queda aplastado. Cristo está allí, descartado entre los descartados, último entre los últimos. Naufrago entre los naufragos.

Dios se hace cargo de todo eso. Un Dios que por amor renuncia a mostrar su omnipotencia. Pero que así, precisamente así, caído en tierra como grano de trigo, Dios es fiel a sí mismo: fiel en el amor.

Te rogamos, Señor,
por todos esos sufrimientos que parecen no tener sentido,
por los judíos muertos en los campos de exterminio,
por los cristianos asesinados por odio a la fe,
por las víctimas de toda persecución,
por los niños esclavizados en el trabajo,
por los inocentes que mueren en las guerras.

Haznos comprender, Señor, cuánta libertad y fuerza interior hay en esta inédita revelación de tu divinidad, tan humana como para caer bajo el peso de la cruz de los pecados del hombre, tan divinamente misericordiosa como para derrotar el mal que nos oprimía.



Confíad y velad

Estación 4: Jesús encuentra a su madre

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (2, 34-35-51)

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Dios ha querido que la vida venga al mundo a través del dolor del parto: a través del sufrimiento de una madre que da la vida al mundo. Todos necesitan una Madre, también Dios. «El Verbo se hizo carne» (Jn 1,14) en el seno de una Virgen. María lo acogió, lo dio a luz en Belén, lo envolvió en pañales, lo protegió y lo hizo crecer con el calor de su amor, y lo acompañó hasta su «hora».

Ahora, a los pies del Calvario, se cumple la profecía de Simeón: una espada le atraviesa el corazón. María ve al Hijo, desfigurado y exánime bajo el peso de la cruz. Ojos dolorosos, los de la Madre, partícipe hasta el extremo en el dolor del Hijo, pero también ojos llenos de esperanza, que, desde el día de su «sí» al anuncio del ángel (cf. Lc 1,26-38) no han dejado de reflejar esa luz divina que brilla también en este día de sufrimiento. María es esposa de José y madre de Jesús. Hoy como siempre la familia es el corazón palpitante de la sociedad; célula irrenunciable de la vida común; clave de bóveda insustituible de las relaciones humanas; amor para siempre que salvará al mundo.

María es mujer y madre. Genio femenino y ternura. Sabiduría y caridad. María, como madre de todos, «es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto», y «como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 286).

Oh María, Madre del Señor,

Tú fuiste para tu divino Hijo el primer reflejo de la misericordia de su Padre, aquella misericordia que le pediste que manifestara en Caná.

Ahora que tu Hijo nos revela el Rostro del Padre hasta las últimas consecuencias del amor, caminas en silencio tras sus huellas, como primera discípula de la cruz.

Oh María, Virgen fiel,

cuida de todos los huérfanos de la Tierra,

protege a todas las mujeres explotadas y maltratadas.

Suscita mujeres valerosas para el bien de la Iglesia.

Inspira a cada madre para que eduque a sus hijos en la ternura del amor de Dios, y que, en el momento de la prueba, los acompañen en su camino con la fuerza silenciosa de su fe.



Confíad y velad

60

Estación 5: El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 21-22)

Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota, que quiere decir lugar de «La Calavera».

En la historia de la salvación aparece un hombre desconocido. A Simón de Cirene, un trabajador que volvía del campo, lo obligan a llevar la cruz. Y la gracia del amor de Cristo, que pasa a través de aquella cruz, actúa en primer lugar en él. Y Simón, forzado a llevar un peso a regañadientes, llegará a ser discípulo del Señor.

Cuando el sufrimiento toca a la puerta nunca es bien recibido. Se presenta siempre como una imposición, a veces incluso como una injusticia. Y nos puede encontrar dramáticamente desprevenidos. Una enfermedad puede acabar con nuestros proyectos de vida. Un niño discapacitado puede perturbar el sueño de una maternidad anhelada. Esa tribulación no buscada llama sin embargo con prepotencia al corazón del hombre.

¿Cómo reaccionamos frente al sufrimiento de una persona amada?

¿Cuánto nos preocupa el grito de quien sufre pero vive lejos de nosotros?

El Cireneo nos ayuda a entrar en la fragilidad del alma humana y nos descubre otro aspecto de la humanidad de Jesús. Hasta el Hijo de Dios tuvo necesidad de alguien que lo ayudara a llevar la cruz. ¿Quién es el Cireneo? Es la misericordia de Dios presente en la historia de los seres humanos. Dios se ensucia las manos con nosotros, con nuestros pecados y fragilidades. No se avergüenza. Y no nos abandona.

Señor Jesús,
te damos gracias por este don que supera todo deseo y nos desvela tu misericordia.

Tú nos has amado, no sólo hasta darnos la salvación, sino hasta hacernos instrumentos de salvación.

Mientras tu cruz da sentido a todas nuestras cruces, a nosotros se nos da la gracia más grande de la vida:

participar activamente en el misterio de la redención,
ser instrumentos de salvación para nuestros hermanos.



Confíad y velad

Estación 6: La Verónica enjuga el rostro de Jesús

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 2-3)

Sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado.

Entre la agitada multitud que contempla la subida de Jesús al Calvario, aparece Verónica, una mujer sin rostro, sin historia. Y, sin embargo, una mujer valiente, dispuesta a escuchar al Espíritu y seguir sus inspiraciones, capaz de reconocer la gloria del Hijo de Dios en el rostro desfigurado de Jesús, y percibir su invitación: «Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como el dolor que me atormenta» (Lm 1,12).

El amor que encarna esta mujer nos deja sin palabras. El amor le da fuerzas para desafiar a los guardias, para atravesar la multitud, para acercarse al Señor y realizar un gesto de compasión y de fe: detener el flujo de sangre de las heridas, enjugar las lágrimas del dolor, contemplar aquel rostro desfigurado, detrás del cual se esconde el rostro de Dios.

Instintivamente huimos del sufrimiento, porque el sufrimiento nos repugna. Cuántas veces, cuando nos encontramos con tantos rostros desfigurados por las aflicciones de la vida miramos a otro lado. ¿Cómo no ver el rostro del Señor en los millones de prófugos, refugiados y desplazados que huyen desesperados del horror de la guerra, de las persecuciones y de las dictaduras? Para cada uno de ellos, con su rostro irrepetible, Dios se manifiesta siempre como un valiente rescatador. Como Verónica, la mujer sin rostro, que enjugó amorosamente el rostro de Jesús.

«Tu rostro buscaré, Señor» (Sal 27,8).

Ayúdame a encontrarlo en los hermanos que recorren la vía del dolor y de la humillación.

Haz que sepa enjugar las lágrimas y la sangre de los vencidos de toda época,

de los que la sociedad rica y despreocupada descarta sin escrúpulo.

Haz que detrás de cada rostro, también el del hombre más abandonado, sepa descubrir tu rostro de belleza infinita.



Confiad y velad

Estación 7: Jesús cae por segunda vez



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53,5)

Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

Jesús cae de nuevo. Aplastado pero no aniquilado por el peso de la cruz. Una vez más, descubre su humanidad. Es una experiencia al límite de la impotencia, de vergüenza ante quienes lo afrentan, de humillación ante quienes habían esperado en él. Nadie quisiera nunca caer por tierra y experimentar el fracaso. Especialmente delante de otras personas.

Con frecuencia los hombres se rebelan contra la idea de no tener poder, de no ser capaces de llevar adelante la propia vida. Jesús, en cambio, encarna el «poder de los sin poder». Experimenta el tormento de la cruz y la fuerza salvadora de la fe. Sólo Dios puede salvarnos. Sólo él puede transformar un signo de muerte en una cruz gloriosa.

Si Jesús ha caído en tierra por segunda vez por el peso de nuestros pecados, aceptemos entonces que también nosotros caemos, que hemos caído, que aún podemos caer por nuestros pecados. Reconozcamos que no podemos salvarnos por nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas.

Señor Jesús, que has aceptado la humillación de caer de nuevo bajo la mirada de todos:

quisiéramos contemplarte no sólo cuando estás en el polvo,
sino fijar en ti nuestra mirada,
desde la misma situación, también nosotros por tierra, caídos por nuestras debilidades.

Haznos tomar conciencia de nuestro pecado,
la voluntad de volver a levantarse que nace del dolor.

Da a toda tu Iglesia la conciencia del sufrimiento.

Ofrece en particular a los ministros de la Reconciliación el don de las lágrimas por sus pecados.

¿Cómo podrán invocar sobre los demás y sobre sí mismos tu misericordia si no saben primero llorar sus propias culpas?



Confíad y velad

Estación 8: Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23,27-28)

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos».

Jesús, aunque está desgarrado por el dolor y busca refugio en el Padre, siente compasión del pueblo que lo seguía y se dirige directamente a las mujeres que lo están acompañando en el camino del Calvario. Y hace un enérgico llamamiento a la conversión.

«No lloréis por mí», dice el Nazareno, porque yo estoy haciendo la voluntad del Padre, sino llorad por vosotras por todas las veces que no hacéis la voluntad de Dios.

Es el Cordero de Dios el que habla y que, llevando sobre sus hombros el pecado del mundo, purifica los ojos de estas hijas, que ya se dirigen hacia él, aunque de modo imperfecto. «¿Qué tenemos que hacer?», parece gritar el llanto de estas mujeres delante del Inocente. Es la misma pregunta que la multitud le hizo al Bautista (cf. Lc 3,10) y que repiten luego quienes escuchan a Pedro después de Pentecostés, sintiéndose traspasado el corazón: «¿Qué tenemos que hacer?» (Hch 2,37).

La respuesta es simple y precisa: «Convertíos». Una conversión personal y comunitaria: «Rezad unos por otros para que os curéis» (St 5,16). No hay conversión sin caridad. Y la caridad es el modo de ser Iglesia.

Señor Jesús,
que tu gracia sostenga nuestro camino de conversión para regresar a ti,
en comunión con nuestros hermanos,
por quienes te pedimos nos des tus mismas entrañas de misericordia,
entrañas maternas que nos hagan capaces de sentir unos por otros ternura y compasión.
y de llegar a entregarnos por la salvación del prójimo.



Confíad y velad

Estación 9: Jesús cae por tercera vez



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura de la carta del Apóstol Pablo a los Filipenses (2,6-7)
Él, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres.

Jesús cae por tercera vez. El Hijo de Dios experimenta hasta las últimas consecuencias la condición humana. Con esta caída entra aún más plenamente en la historia de la humanidad. Y acompaña en todo momento a la humanidad que sufre. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 21).

¡Cuántas veces los hombres y las mujeres caen por tierra! ¡Cuántas veces los hombres, las mujeres y los niños sufren por la familia dividida!

¡Cuántas veces los hombres y las mujeres piensan que no tienen más dignidad porque no tienen un trabajo! ¡Cuántas veces los jóvenes están obligados a vivir una vida precaria y pierden la esperanza en el futuro!

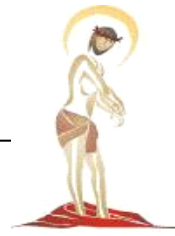
El hombre que cae, y que contempla al Dios que cae, es el hombre que puede finalmente admitir su debilidad e impotencia ya sin temor y desesperación, precisamente porque también Dios lo ha experimentado en su Hijo. Es gracias a la misericordia que Dios se ha abajado hasta este punto, hasta estar tendido en el polvo del camino. Polvo mojado por el sudor de Adán y la sangre de Jesús y de todos los mártires de la historia; polvo bendecido por las lágrimas de tantos hermanos que murieron por la violencia y la explotación del hombre por el hombre. A este polvo bendito, ultrajado, violado y depredado por el egoísmo humano, el Señor ha reservado su último abrazo.

Señor Jesús,
postrado sobre esta tierra reseca,
estás cerca de todos los hombres que sufren
e infundes en sus corazones la fuerza para volver a levantarse.
Te pido, Dios de la misericordia,
por todos los que se encuentran postrados por tierra por tantos motivos:
pecados personales, matrimonios fracasados, soledad,
pérdida del trabajo, dramas familiares, angustia por el futuro.
Hazles sentir que tú no estás lejos de cada uno de ellos,
porque el más próximo a ti, que eres la misericordia encarnada,
es el hombre que más siente la necesidad del perdón
y sigue esperando contra toda esperanza.



Confíad y velad

Estación 10: Jesús es despojado de sus vestiduras



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,24)

Después lo crucificaron. Los soldados se repartieron sus vestiduras, sorteándolas para ver qué le tocaba a cada uno.

A los pies de la cruz, bajo el crucificado y los ladrones que sufren, están los soldados que se disputan las vestiduras de Jesús. Es la banalidad del mal.

La mirada de los soldados es ajena a este sufrimiento y distante de la historia que los rodea. Parece que lo que está sucediendo no les afecta. Mientras el Hijo de Dios padece los suplicios de la cruz, ellos, sin inmutarse, siguen llevando una vida dominada por las pasiones. Esta es la gran paradoja de la libertad que Dios ha concedido a sus hijos. Ante la muerte de Jesús, cada hombre puede elegir: o contemplar a Cristo o «echar a suertes».

Es enorme la distancia que separa al Crucificado de sus verdugos. El interés mezquino por las vestiduras no les permite percibir el sentido de aquel cuerpo inerme y despreciado, escarnecido y maltratado, en el que se cumple la divina voluntad de salvación de la humanidad entera. Aquel cuerpo que el Padre ha «preparado» para el Hijo (cf. Sal 40, 7; Hb 10, 5) expresa ahora el amor del Hijo por el Padre y el don total de Jesús a los hombres. Aquel cuerpo despojado de todo, menos del amor, encierra en sí el inmenso dolor de la humanidad y habla de todas sus heridas. Sobre todo de las más dolorosas: las llagas de los niños profanados en su intimidad.

Aquel cuerpo mudo y sangrante, flagelado y humillado, indica el camino de la justicia. La justicia de Dios que transforma el sufrimiento más atroz en la luz de la resurrección.

Señor Jesús:

Quiero presentar ante ti a toda la humanidad dolorida.

Los cuerpos de hombres y mujeres, de niños y ancianos, de enfermos y discapacitados oprimidos en su dignidad. Cuántas violencias a lo largo de la historia de esta humanidad han golpeado lo que el hombre tiene como más suyo, algo sagrado y bendito porque procede de Dios.

Te pedimos, Señor, por quien ha sido violado en su intimidad.

Por quien no comprende el misterio de su propio cuerpo, por quien no lo acepta o desfigura su belleza,

por quien no respeta la debilidad y la sacralidad del cuerpo que envejece y muere.

Y que un día resucitará.



Confíad y velad

Estación 11: Jesús es clavado en la cruz



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23, 39-43)

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro lo increpaba, diciéndole: «¿No tienes temor de Dios, tú que sufres la misma pena que él? Nosotros la sufrimos justamente, porque pagamos nuestras culpas, pero él no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Él le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

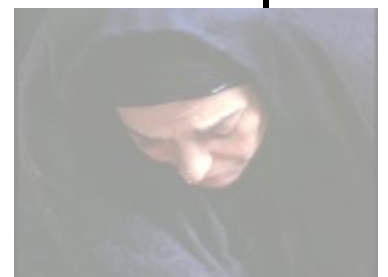
Jesús está en la cruz, «árbol fecundo y glorioso», «tálamo, trono y altar» (Himno Vexila Regis). Y desde lo alto de este trono, punto de atracción del todo el universo (cf. Jn 12,32), perdona a quienes lo crucifican «porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Sobre la cruz de Cristo, «balanza del gran rescate» (Himno Vexila Regis), resplandece una omnipotencia que se despoja, una sabiduría que se abaja hasta la locura, un amor que se ofrece en sacrificio.

A la derecha y a la izquierda de Jesús están los dos malhechores, probablemente dos asesinos. Estos dos malhechores interpelan al corazón de todo hombre porque muestran dos modos diferentes de estar en la cruz: el primero maldice a Dios, el segundo reconoce a Dios en esa cruz. El primer malhechor propone la solución más cómoda para todos. Propone una salvación humana y su mirada está dirigida hacia abajo. La salvación para él significa escapar de la cruz y acabar con el sufrimiento. Es la lógica de la cultura del descarte. Pide a Dios eliminar todo lo que no es útil ni digno de ser vivido.

El segundo malhechor, sin embargo, no negocia una solución. Propone una salvación divina y su mirada está dirigida totalmente al cielo. Para él, la salvación significa aceptar la voluntad de Dios incluso en las peores condiciones. Es el triunfo de la cultura del amor y del perdón.

Es la locura de la cruz ante la cual toda sabiduría humana desaparece y queda en silencio.

Tú, crucificado por amor,
Dame ese perdón tuyo que olvida y esa misericordia que recrea.
Hazme experimentar en cada confesión
la gracia que me ha creado a tu imagen y semejanza,
y que me recrea cada vez que pongo mi vida,
con todas sus miserias, en las manos misericordiosas del Padre.
Que tu perdón resuene en mí como certeza del amor que me salva,
me renueva y me hace estar contigo para siempre.
Entonces seré de verdad un malhechor bienaventurado
y cada perdón tuyo será como gustar ya desde ahora el Paraíso.



Confíad y velad

67

Estación 12: Jesús muere en la cruz



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,33-39)

Al mediodía, se oscureció toda la tierra hasta las tres de la tarde; y a esa hora, Jesús exclamó en alta voz: «Eloi, Eloi, lamá sabactani», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Algunos de los que se encontraban allí, al oírlo, dijeron: «Está llamando a Elías». Uno corrió a mojar una esponja en vinagre y, poniéndola en la punta de una caña le dio de beber, diciendo: «Vamos a ver si Elías viene a bajarlo». Entonces Jesús, dando un grito, expiró. El velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Al verlo expirar así, el centurión que estaba frente a él, exclamó: «¡Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios!».

Oscuridad a mediodía: está ocurriendo algo totalmente inaudito e imprevisto sobre la tierra, pero que no pertenece sólo a la tierra. El hombre mata a Dios. El Hijo de Dios ha sido crucificado como un malhechor.

Jesús se dirige al Padre gritando las primeras palabras del Salmo 22. Es el grito del sufrimiento y de la desolación, pero es también el grito de la completa «confianza de la victoria divina» y de la «certeza de la gloria» (Benedicto XVI, Catequesis, 14 septiembre 2011).

El grito de Jesús es el grito de todo crucificado en la historia, del abandonado y del humillado, del mártir y del profeta, del calumniado y del condenado injustamente, de quien sufre el exilio o la cárcel. Es el grito de la desesperación humana que desemboca, sin embargo, en la victoria de la fe que transforma la muerte en vida eterna. «Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré» (Sal 22,23). Jesús muere en la cruz. ¿Es la muerte de Dios? No, es la celebración más sublime del testimonio de la fe. El siglo XX ha sido definido como el siglo de los mártires. Ejemplos como los de Maximiliano Kolbe y Edith Stein reflejan una luz inmensa. Pero todavía hoy el cuerpo de Cristo está crucificado en muchas regiones de la tierra. Los mártires del siglo XXI son los verdaderos apóstoles del mundo contemporáneo.

En la gran oscuridad se enciende la fe: «¡Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios!»), porque quien muere así, transformando en esperanza de vida la desesperación de la muerte, no puede ser simplemente un hombre.

El crucificado es la ofrenda total.

No se ha reservado nada, ni un retazo de su vestidura, ni una gota de su sangre, ni la Madre. Ha dado todo: «Consummatum est».

Cuando no se tiene nada más para dar, porque se ha dado todo, entonces se es capaz de dar verdaderamente.

Despojado, desnudo, consumido por las llagas, por la sed del abandono, por los improperios: no tiene ya figura de hombre. Dar todo: eso es la caridad. Donde termina lo mío, comienza el paraíso. (don Primo Mazzolari) y cada perdón tuyo será como pregonar ya desde ahora el Paraíso.



Confíad y velad

Estación 13: Jesús es bajado de la cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,42-43.46a)

Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro noble del Sanedrín, que también aguardaba el reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana.

José de Arimatea recibe a Jesús antes de haber visto su gloria. Lo recibe como un derrotado. Como un malhechor. Como un excluido. Pide el cuerpo a Pilato para impedir que sea arrojado en una fosa común. José arriesga su reputación y, tal vez también, como Tobit, su propia vida (cf. Tb 1,15-20). La valentía de José, sin embargo, no es la audacia de los héroes en la batalla. La valentía de José es la fuerza de la fe. Una fe que se hace acogida, gratitud y amor. En una palabra: caridad.

El silencio, la sencillez y la sobriedad con la que José se acerca al cuerpo de Jesús contrasta con la ostentación, la banalización y la fastuosidad de los funerales de los poderosos de este mundo. Su testimonio nos recuerda, en cambio, a todos aquellos cristianos que, también en nuestros días, siguen arriesgando su propia vida por un funeral.

¿Quién podía recibir el cuerpo sin vida de Jesús más que aquella que le había dado la vida? Podemos imaginar los sentimientos de María cuando lo recibe en sus brazos; ella, que creyó en las palabras del ángel y guardaba todo en su corazón.

María, mientras abraza a su hijo exánime, repite de nuevo su «fiat». Es el drama y la prueba de la fe. Ninguna creatura lo ha sufrido tanto como María, la madre que, al pie de la cruz, nos ha engendrado a la fe.

Repetía la oración del mundo:
«Padre, Abbá, si es posible...».
Sólo un ramito de olivo
oscilaba sobre su cabeza
al viento silencioso...
Ni siquiera una espina
le quitaste de la corona.
Traspasado también el pensamiento
no puede, no puede allá arriba,
no puede el pensamiento dejar
de sangrar.
Y ni siquiera una mano
le desclavaste del madero:
para que se limpiara de los ojos

la sangre
y le fuera concedido
mirar allí al menos a la Madre
sola...
Hasta los poderosos
y maestros de crueldad
y la gente, al verlo
se cubrían el rostro
y él fluctuaba en una nube:
dentro de la nube del divino
abandono.
Y después, sólo después.
Tú y nosotros a devolverle la
vida.
(Padre Turollo)



Confiad y velad

Estación 14: Jesús es puesto en el sepulcro



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu Resurrección redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Mateo (27, 59-60)

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en su sepulcro nuevo que se había excavado en la roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó.

Mientras José sella la tumba de Jesús, él desciende a los infiernos y abre sus puertas de par en par.

Lo que la Iglesia occidental llama «descenso a los infiernos», la Iglesia oriental lo celebra ya como Anastasis, es decir, «Resurrección». Así es como las Iglesias hermanas comunican al hombre la plena Verdad de este único Misterio: «Esto dice el Señor Dios: Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis» (Ez 37,12.14).

Tu Iglesia, Señor, canta cada mañana: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte» (Lc 1,78-79).

El hombre, deslumbrado por unas luces que tienen el color de las tinieblas, empujado por las fuerzas del mal, hizo rodar una gran piedra y te ha encerrado en el sepulcro. Pero nosotros sabemos que tú, Dios humilde, en el silencio en el que nuestra libertad te ha depuesto, estás más activo que nunca, generando nueva gracia en el hombre que amas. Entra, pues, en nuestros sepulcros: enciende de nuevo la llama de tu amor en el corazón de todo hombre, en el seno de toda familia, en el camino de cada pueblo.

Oh Cristo Jesús,
todos caminamos hacia nuestra muerte
y nuestra tumba.
Permítenos detenernos en espíritu
junto a tu sepulcro.
Que el poder de la vida
que se ha manifestado en él
traspase nuestros corazones.
Que esta vida sea la luz
de nuestra peregrinación terrena.
(San Juan Pablo II)



Confíad y velad

VIA CRUCIS

- I *Acompaña a tu Dios alma mía,
cual vil asesino llevado ante el juez
y el autor de la vida contempla
por ti condenado a muerte cruel.
Dulce Redentor,
para mi era la pena de muerte.
Ya lloro mis culpas y os pido perdón.
Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.*
- II *Con la cruz de tus culpas cargando,
exhausto de fuerzas camina tu Dios
y a subir la pendiente le impelen
por fuera sayones, por dentro tu amor
Dulce Redentor,
mis pecados tus hombros oprimen
ya lloro...*
- III *Con sus alas de nieve los ángeles,
pasmados de espanto, cubrieron su faz,
bajo el tosco y pesado madero
en tierra caído su Dios al mirar.
Dulce Redentor,
por mis yerros caísteis en tierra
Ya lloro...*
- IV *Del Calvario subiendo a la cumbre,
el Rey Divino a su madre encontró,
y una espada de filos agudos del Hijo
a la Madre hirió el corazón.
Dulce Redentor,
yo esa herida causé a vuestra Madre.
Ya lloro...*
- V *Porque al monte con vida llegase,
los duros escribas con saña infernal
a Simón Cirineo alquilaron
que a Cristo ayudase la Cruz a llevar
Dulce Redentor,
yo también quiero ser Cirineo,
Ya lloro...*
- VI *Con ternura y piedad la Verónica,
el rostro sangriento de Cristo enjugó
y en tres pliegues de lienzo, por premio,
gravada la imagen llevó del Señor.
Dulce Redentor,
en mi pecho gravad vuestra imagen.
Ya lloro...*
- VII *Otra vez el Señor de los Cielos
volvió fatigado el polvo a besar
y otra vez los esbirros crueles
en el desfogaron su ira y crueldad
Dulce Redentor,
nunca más caeré yo en pecado.
Ya lloro...*
- VIII *Vio Jesús que unas cuantas mujeres
movidas a lástima lloraban por Él,*
- Y les dijo: Llorad por vosotras,
piadosas mujeres por mí no lloréis.
Dulce Redentor,
vuestras penas taladran mi pecho.
Ya lloro...*
- IX *Con sus duras caídas, cristiano,
las tuyas pretende Jesús, resarcir,
a tu Dios por tercera vez mira
de polvo y de sangre cubierto por ti.
Dulce Redentor,
vuestro amor del infierno me libre.
Ya lloro...*
- X *Con furor los vestidos quitaron
del monte a la cumbre al paciente Jesús
y por no iluminar tanta afrenta
las puras estrellas negaron su luz,
Dulce Redentor,
ya no más libiandad ni impureza.
Ya lloro...*
- XI *Ya alma mía, en la Cruz, duro lecho
sus miembros sagrados extienden tu bien
y con clavos agudos taladran
los viles soldados sus manos y pies.
Dulce Redentor,
yo esos clavos clavé en vuestros miembros.
Ya lloro...*
- XII *Tiembla el orbe y el sol se oscurece
al ver en un palo expirar a su Dios.
Rompe el llanto también alma mía
pensando que muere Jesús por tu amor.
Dulce Redentor,
mis pecados os dieron la muerte.
Ya lloro...*
- XIII *De Jesús el cadáver sagrado
María en sus brazos llorando tomó
y con voz de dolor le decía:
¿Quién muerte te ha dado mi Dios y mi amor?
Dulce Redentor,
Responderle que aquí está el culpable.
Ya lloro...*
- XIV *En un frío y profundo sepulcro
los restos sagrados guardáronse ya
triste Madre, cuan sola te quedas
seré yo el consuelo de tu soledad.
Dulce redentor,
yo a la Madre privé de su hijo.
Ya lloro...*

Esquema de la celebración

1.- RITOS INTRODUCTORIOS

Postración del que preside la celebración

Oración colecta *Empieza con el “oremos” la dice el que preside la celebración y en ella recoge todo el sentido de stos primeros ritos.*

2.- LITURGIA DE LA PALABRA

a/ Lecturas

1ª lectura

Salmo

2ª lectura

Evangelio Lectura de la Pasión

b/ Homilía

c/ Oración universal

3.- ADORACIÓN DE LA CRUZ

a/ Se desvela progresivamente en la procesión

b/ Adoración personal

4.- RITOS DE COMUNIÓN

a/ Padrenuestro

c/ Fracción del pan

d/ Comunión/ acción de gracias

e/ Despedida

Confíad y velad

Oficios



MONICIÓN DE ENTRADA:

La Pasión y Muerte del Señor Jesús que celebramos los cristianos en esta tarde, nos lleva a contemplar el amor sin reservas de nuestro Padre Dios y su deseo de que tengamos vida y ésta en abundancia...

Por eso, hoy, acompañamos a Jesús en su camino hacia la cruz. No somos mejores que los que lo condenaron o abandonaron. Como ellos, somos débiles y pecadores.

Pero creemos que, de aquella cruz, nace la vida, la única vida que merece ser vivida.

Y sabemos que lo que hicieron con Jesús, hoy lo seguimos haciendo: con otras espinas, con otras cruces, con otros clavos... pero hoy Cristo sigue siendo crucificado.

Y por ello, no queremos permanecer indiferentes ante la cruz. Queremos tomar postura. Sabiendo que contemplar hoy la cruz y al crucificado, nos invita al silencio, para dejar que Dios, Padre de todos, nos hable al corazón e inunde nuestra vida.

Acogemos en silencio a los sacerdotes y oramos junto a ellos que, en señal de dolor y humillación, se postrarán en el suelo.

(Entrada de los sacerdotes en silencio. Se postran ante el presbiterio. Nos unimos a su oración).

MONICIÓN A LAS LECTURAS:

Is 52, 13-53, 12. Hb 4, 14-16; 5, 7-9.

En esta tarde en que hacemos memoria de la Pasión y Muerte de Jesús, dejemos que sea la Palabra la que nos acerque al misterio de la Cruz en la que están incluidos, junto a Jesús, todos los crucificados de hoy.

Escuchemos primero a Isaías que nos hace el retrato de Jesús: el Siervo de Yahvé. Jesús encarnó plenamente esta figura del Siervo, cargando con nuestros pecados.

Después, en la lectura a los Hebreos, veremos cómo Jesús, sumo sacerdote, nos acerca confiadamente al Padre.



Confiad y velad

En el evangelio leeremos la pasión de cristo hasta la muerte en la cruz.

SALMO:

Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?

EVANGELIO:

Momento 1º : lo escuchamos de pie. (Hasta "lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote").

Canto: "Con su muerte nos justificará y nuestras culpas soportará".

Momento 2º: sentados. (hasta "lo entregó para que lo crucificaran")

Canto: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado."

Momento 3º: escuchar de pie. Momento de silencio en "entregó el espíritu" y se continúa la lectura hasta el final. Se van los lectores.

CANTOS:

"Victoria, Tú reinarás"

"Diario de María"

"Vengo a adorarte"

"Nadie te ama como yo"

COLECTA:

Hoy, Viernes Santo, es el día en que los cristianos de todo el mundo volvemos la vista hacia los Santos Lugares en Tierra Santa: allí tenemos el encargo de custodiar 74 lugares; de apoyar a los franciscanos comprometidos con esta tarea así como la de atender a las familias católicas que viven en Belén en una necesidad extrema, etc. Por eso la colecta de hoy se hace a favor de los Santos Lugares."

canto: "A la hora de nona" nº 4 D. Ramos

ORACIÓN UNIVERSAL:

Hoy nuestra Oración Universal adquiere una solemnidad especial. Pedimos por todos los seguidores de Jesús y por todos los hombres, a fin de que a todos llegue la salvación y la vida que brota de la Cruz de Jesús. Ensanchemos nuestro corazón y pidamos a Dios por todos los hombres y sus necesidades.

4 personas se colocan abajo, ante el presbiterio. Cada uno lee dos peticiones seguidas. Se quedan allí hasta el final.

* Uno se acerca a recoger el micro de mano

* El lector lee la intención (en negrilla)

* Se ora en silencio un momento.

* El sacerdote ora (texto sin negrilla)



Confiad y velad

74

Introducción a la Oración universal (propia del sacerdote).
“Asumimos las necesidades del mundo en que vivimos y las convertimos en oración, una oración universal, que abraza a la humanidad entera. Nadie debe ser excluido de la oración de la iglesia.”

Comienzan los 4 lectores

Terminada la Oración Universal, se van todos a su sitio.

ADORACIÓN DE LA CRUZ:

La cruz se halla tumbada en la escalera y tapada con un paño.

Los sacerdotes se acercan hacia la cruz y uno proclama “Mirad el árbol de la cruz...”. Todos responden: “Venid a adorarlo”. Así 3 veces. Mientras: se va descubriendo la Cruz.

Luego se realiza la procesión ordenadamente.

Monición: Más que cualquier otro día, Cristo crucificado preside nuestra asamblea. Con agradecimiento dirijamos nuestra mirada a Él que, levantado sobre la tierra, nos atrae y nos protege.

Vivamos el gesto de la adoración a la cruz con devoción y hondura. No adoramos la cruz del fracaso, sino al Dios que nos ha mostrado su amor y misericordia sin límites. Y denunciamos el empeño de los que crucifican y condenan hoy día a Jesús y a sus hermanos.

Aclamación del sacerdote: “

Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada
la salvación del mundo”

Todos: ¡Venid a adorarlo!

Se va destapando la cruz (3 momentos).

Comienza la adoración por parte de sacerdotes y fieles.
Dos personas purifican la cruz a lo largo de la adoración:

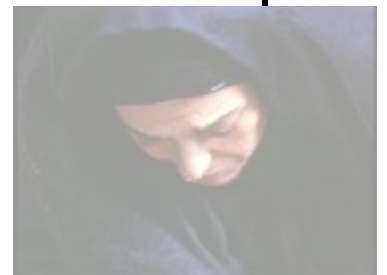
CANTOS:

“Tierra firme”

“Le mataron un día”

MONICIÓN A LA COMUNIÓN

Hoy no celebramos la Eucaristía. Hoy contemplamos a Jesús muerto en la Cruz, mientras esperamos celebrar solemnemente la eucaristía de la no-



Confíad y velad

che de Pascua. Pero en esta espera sabemos que Él está vivo y se ha quedado para siempre en el Pan eucarístico que ahora vamos a compartir. Comulgaremos de la eucaristía que ayer, Jueves Santo, celebramos.

CANTOS DE COMUNIÓN:

“Todo empezó en una cruz”
“Vengo a adorarte”

RITO DE DESPEDIDA:

Hemos comenzado sin cantos, en silencio, con tristeza, pero con esperanza. La cruz está frente a nosotros como una invitación a hacer una vida de amor y de servicio a los hombres. Ella nos dice que si sabemos luchar, aunque suframos y muramos, nuestra vida acabará en las manos del Padre. Y todo dolor, hasta la muerte, estallará en esta vida y resurrección que mañana celebramos.

Mañana, a las 20.00 de la noche nos reuniremos de nuevo para la celebración de la Vigilia.



Confiad y velad

76

Una espera que es preparación



Sábado Santo



Ya ha pasado... el dolor ha exornado su último aliento. El Señor vuelve a estar con nosotros... Pero, ¿es que nos ha dejado alguna vez?

Jesús murió ayer... pero hoy ha resucitado. Todo lo vivido en estos días cobra sentido. El Señor sabía que debía enseñarnos a vivir el camino de la Cruz, para luego mostrarnos el camino de la Gloria.

Hoy se concentran todas nuestras esperanzas en una nueva vida, en un volver a renacer, en un querer cambiar... en un querer ser mejor persona. ¿Por qué no? El Señor cree en nosotros, no murió para nada y nos lo demuestra volviendo a la vida.

¿Qué hay de nuestra fe? ¿Qué hay de nuestra confianza ciega en Dios? Dejémonos moldear por el Señor. Él sí que nos conoce y confía en nosotros, Él sí que tiene puestas sus esperanzas en nosotros... Nos está brindando la oportunidad de volver a la vida. ¿Es que no lo oyes? Te llama, te invita a seguirle, a ponerte en camino.

Su Voz está en el que sufre, en el marginado, en el que llora... su Voz está en ti. Abre bien los oídos y déjate guiar.



Confíad y velad

78

SÁBADO SANTO

***INTRODUCCIÓN:** “La noche de la vida”.

***ESTRUCTURA DE LA CELEBRACIÓN.**

***GESTOS Y SÍMBOLOS:** Si el Viernes Santo es un día “pobre” en signos, el Sábado se mantiene en la tónica del silencio, la espera y la esperanza. Hasta la noche en que la liturgia rompe con una multitud de signos que nos hablan de la grandeza de lo celebrado.

a) LA LUZ

- Las tinieblas: ¿Y Dios? La noche es especial para Israel. También para los cristianos
- El cirio, las luces de la asamblea. Signo gozoso de la llegada de Jesús resucitado.
- El fuego. Manifestación de Dios por excelencia.
- Conexión con el bautismo. Iluminación por excelencia
- Vence el miedo a la oscuridad, orienta el camino, muestra las cosas como son...
- Presencia del Espíritu. (Cf. Pentecostés)

b)AGUA BAPTISMAL

- El que desea limpiarse necesita agua.
- Doble simbolismo del agua:
 - Arrasa y mata.
 - Fecunda y da vida
 - Bautismo ritual y espiritual.
 - Seno materno que por la semilla del Espíritu, engendra nuevos hijos en la muerte y resurrección de Cristo.
- Elementos que acompañan: letanías (comunión de los santos), bendición del agua (fecundación en el Espíritu), baño de agua (participación en la muerte y resurrección de Jesús), promesas bautismal (renovación de la fe y la vida).

c)GLORIA Y ALELUYA.

- Vigilia como explosión de la alegría y gozo pascual.
- Gloria: solemne y gozoso acompañado por las campanas.
- Aleluya: que brota del gozo, aclamación que prepara el gran anuncio. Confirmación de la presencia viva del resucitado.

d)CONMEMORACIÓN PASCUAL.

- Entrega y permanencia de muerte y vida... de resurrección.

***NUESTROS: ENCUENTRO Y EXPERIENCIA DEL RESUCITADO**



ción.
Confianza y velad

Oración de la mañana



MONICIÓN DE ENTRADA

Hoy nuestra mirada se refugia en un gran silencio. La Palabra ha sido enterrada, y sólo nos queda su recuerdo. La esperanza será recuperada esta noche, porque su amor es más fuerte que la muerte. La Vida se ha acabado por un momento pero volverá con Gloria porque lo último para todos es la Resurrección.

INVOCACIÓN INICIAL

V/ Dios mío, ven en mi auxilio.
R/ Señor, date prisa en socorrerme.
V/ Gloria al Padre...
R/ Como era en el principio...



Ant invitatorio. A Cristo, el Señor, que por nosotros murió, y por nosotros fue sepultado, venid, adorémosle.

Salmo 66:

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.

¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.

Ant. A Cristo, el Señor, que por nosotros murió, y por nosotros fue sepultado, venid, adorémosle.



Confíad y velad

HIMNO

Ave María

Dios te salve María
Sagrada María, Señora de nuestro camino

MONICIÓN SALMO 63

El salmista hace llegar su voz como lamento, queriéndose proteger del enemigo. Dios está con los que proclaman su obra, por eso el justo se alegrará con el Señor.

Ant. 1: Harán llanto como llanto por el hijo único, porque siendo inocente fue muerto el Señor.

Salmo 63:

Escucha, ¡oh Dios!, la voz de mi lamento, protege mi vida del terrible enemigo; escóndeme de la conjura de los perversos y del motín de los malhechores:

aflan sus lenguas como espadas
y disparan como flechas palabras venenosas,
para herir a escondidas al inocente,
para herirlo por sorpresa y sin riesgo.

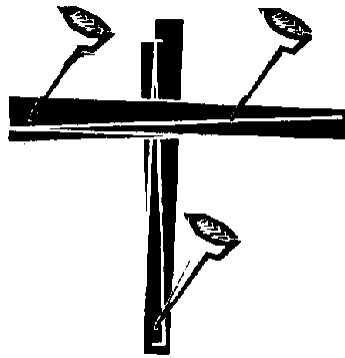
Se animan al delito,
calculan cómo esconder trampas,
y dicen: "¿Quién lo descubrirá?"
inventan maldades y ocultan sus invenciones,
porque su mente y su corazón no tienen fondo.

Pero Dios los acribilla a flechazos,
por sorpresa los cubre de heridas;
su misma lengua los lleva a la ruina,
y los que lo ven menean la cabeza.

Todo el mundo se atemoriza,
proclama la obra de Dios
y medita sus acciones.

El justo se alegra con el Señor,
se refugia en él,
y se felicitan los rectos de corazón.

Ant. 1: Harán llanto como llanto por el hijo único, porque siendo inocente fue muerto el Señor.



Confíad y velad

MONICIÓN CÁNTICO

El profeta clama al Señor que salga “fiador por él”. Nosotros nos unimos con la Iglesia a la espera de sentirnos salvados.

Ant. 2: Sólo El, mi Dios, que me dio la libertad. Sólo Él mi Dios, me guiará.

Cántico del libro de Isaías (38, 10-14. 17-20)

Yo pensé: "En medio de mis días
tengo que marchar hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años".

Yo pensé: "Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos, ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo.

Levantán y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.
Como un tejedor devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama".

Día y noche me estás acabando,
sollozo hasta el amanecer.
Me quiebras los huesos como un león,
día y noche me estás acabando.

Estoy piando como una golondrina,
gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen:
¡Señor, que oprimen, sal fiador por mí!

Me has curado, me has hecho revivir,
la amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados.

El abismo no te da gracias,
ni la muerte te alaba, ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.

Los vivos, los vivos son quienes te alaban:
como yo ahora.
El padre enseña a sus hijos tu fidelidad.

Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas
todos los días en la casa del Señor.

Ant. 2: Sólo El, mi Dios, que me dio la libertad. Sólo Él mi Dios, me guiará.

MONICIÓN SALMO 150

Confíad y velad



Admirados por la grandeza de nuestro Dios, le alabamos en cada una de sus obras magníficas. Nuestro corazón se siente amado con cada uno de sus creaciones y salta de gozo por su enorme belleza.

Ant. 3: Estaba muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo..

Salmo 150:

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.

Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza.

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,

Alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas.

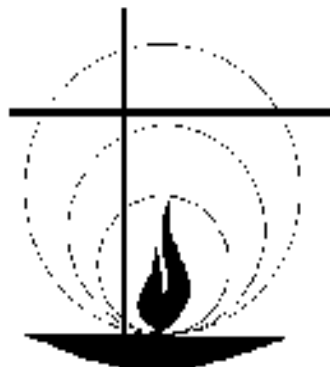
Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

Todo ser que alienta, alabe al Señor.

Ant. 3: Estaba muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y abismo.

LECTURA BREVE (Oseas 6, 1 – 3a)

Esto dice el Señor: "En su aflicción me buscado: Volvamos al Señor. Él, que nos despedazó, nos sanará; él, que nos hirió, nos vendará. En dos días nos sanará, y al tercero nos resucitará, y viviremos en su presencia".



siglos
del

rán,
dará.
citará,

- En lugar del responsorio se dice:

Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz; por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre".

Ant Benedictus: Salvador del mundo, sálvanos; tú que con tu cruz y con tu sangre nos redimiste, socórrenos, Dios nuestro.

Ant.: Salvador del mundo, sálvanos; tú que con tu cruz y con tu sangre nos redimiste, socórrenos, Dios nuestro.

PRECES

Adoremos a nuestro Redentor, que por nosotros y por todos los hombres quiso morir y ser sepultado, para resucitar de entre los muertos, y supliquémosle, diciendo:



Confíad y velad

Señor, ten piedad de nosotros.

Oh Señor, que junto a tu cruz y a tu sepulcro tuviste a tu Madre dolorosa que participó en tu aflicción,
- haz que tu pueblo sepa también participar en tu pasión.

Señor Jesús, que como grano de trigo caíste en la tierra para morir y dar con ello fruto abundante,
- haz que también nosotros sepamos morir al pecado y vivir para Dios.

Oh Pastor de la Iglesia, que quisiste ocultarte en el sepulcro para dar la vida a los hombres,
- haz que nosotros sepamos también vivir escondidos contigo en Dios.

Nuevo Adán, que quisiste bajar al reino de la muerte, para librar a cuantos, desde el origen del mundo, estaban encarcelados,
- haz que todos los hombres, muertos al pecado, escuchen tu voz y vivan.

Cristo, Hijo de Dios vivo, que has querido que por el bautismo fuéramos sepultados contigo en la muerte,
- haz que siguiéndote a ti caminemos también nosotros en novedad de vida.

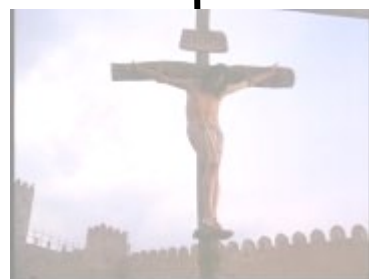
Movidos por el espíritu filial que Cristo nos mereció con su muerte, digámosle al Padre: **Padre nuestro.**

ORACIÓN

Dios todopoderoso, cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos y salió victorioso del sepulcro, te pedimos que concedas a todos tus fieles, sepultados con Cristo por el bautismo, resucitar también con él a la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

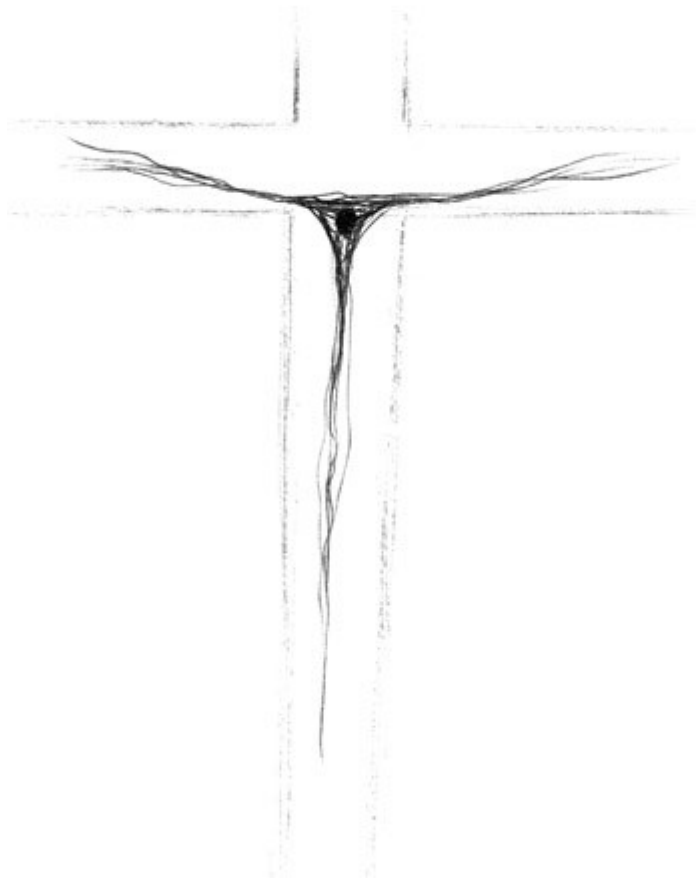
CONCLUSIÓN

V. (+) El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.
R. Amén.



Confíad y velad

Reflexión para el desierto



Las siete palabras

Texto para la meditación

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». (Lucas, 23: 34).

«Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso». (Lucas, 23: 43).

«Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo ahí tienes a tu madre». (Juan, 19: 26-27).

«¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». (Marcos, 15: 34).

«Tengo sed». (Juan, 19: 28).

«Todo está cumplido». (Juan, 19: 30).

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». (Lucas, 23: 46).

Puedes escuchar las siete palabras en la composición de Haydn

Versión de Jordi Savall

<https://www.youtube.com/watch?v=ecNmELbr9x4&t=4s>

PLIEGO

Vida Nueva
3.031. 8-21
ABRIL DE 2017



Las siete palabras de Jesús en la cruz

JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS
Teólogo

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Si siempre leemos o escuchamos con atención las últimas palabras pronunciadas por alguien que ha sido condenado a muerte, ¿no deberían resultarnos especialmente significativas, como cristianos, las últimas palabras pronunciadas por Jesús, muerto por nosotros a pesar de su inocencia? Sus últimas frases pronunciadas desde la cátedra de la cruz, además de recoger lo más granado de su doctrina, lo más rico de su experiencia y lo más importante de su testamento, nos invitan a imitar su comportamiento y a actualizar nuestro compromiso, para que su proceso y asesinato no se siga repitiendo hoy en tantos justos que continúan siendo injustamente ajusticiados.

Las siete palabras que Nuestro Señor pronunció desde la cruz no fueron respuestas específicas a específicas preguntas, mas revelaron lecciones aplicables a cada interrogación¹. Aquellos textos del famoso obispo de la televisión **Fulton J. Sheen** retornan ahora no solo en libros de piedad, sino en numerosos estudios académicos. Interesa el autor, pero importa también su enseñanza sobre las siete palabras de Jesús en la cruz.

Hace unos años lei unas declaraciones que denuncian la frivolidad con la que tratamos el acontecimiento trágico que fue el proceso de Jesús, su condena a muerte y su crucifixión:

“La pasión de Jesucristo es bastante fuerte. Nos hemos acostumbrado a ver crucifijos bonitos colgados de la pared, y decimos: *Jesús fue azotado, llevó su cruz a cuestras y le clavaron a un madero*, pero ¿quién se detiene a pensar lo que estas palabras significan realmente? En mi niñez, no me daba cuenta de lo que esto implicaba. No comprendía lo duro que era. El profundo horror de lo que Él sufrió por nuestra redención realmente no me impactaba. Entender lo que sufrió, incluso a un nivel humano, me hace sentir no solo compasión, sino también me hace sentir en deuda: yo quiero compensarle por la inmensidad de su sacrificio”.

Pues bien, estas palabras no han sido pronunciadas por un obispo ni por una monja. Son de un personaje tan conocido como **Mel Gibson**². ¿Cómo no estar de acuerdo con él? Nos inquieta siempre la crónica de la ejecución de un violador o un asesino condenado a morir en

la silla eléctrica. Nos subleva la noticia del fusilamiento de unas personas que trataban de escapar de su propio país. Pero no nos inquieta la ejecución en la cruz de un Justo, injustamente ajusticiado.

Leemos con atención y curiosidad la última entrevista que un reportero ha logrado hacer a un condenado a muerte convicto de un crimen. Nos parece que sus palabras resumen el sentido de su vida y, con frecuencia, nos ofrecen las claves de sus decisiones más conflictivas.

Pues bien, deberían resultarnos significativas las últimas palabras de Jesús, un condenado a muerte a pesar de su inocencia. Aquellas siete palabras, pronunciadas desde la cátedra de la cruz, son su definitiva lección magistral. En ellas se decía a sí mismo, se explicaba a sí mismo, recogía lo más granado de su doctrina, lo más rico de su experiencia y lo más importante de su testamento.

• 1 •

Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. (Lc 23, 34)

A los que, a pesar de nuestra tibieza o nuestros pecados, hemos tratado de seguir a Jesús durante su vida no nos extrañará demasiado esta primera palabra pronunciada por el Maestro desde su cátedra. Refleja su bien demostrada capacidad de perdón. Es esta una palabra que debió de ser pronunciada varias veces

por Jesús, a juzgar por la expresión empleada por **Lucas** (*élegen*: decía).

En esta frase, hemos de considerar, al menos, tres puntos fundamentales.

a. En primer lugar, esa primera palabra de Jesús constituye, en realidad, una petición al Padre. Y una petición que parece bien empleada, puesto que había sido condenado precisamente por haberse presentado como hijo de Dios. Como se ve, ni en la cruz olvidaba su pretensión y seguía considerando a Dios como su Padre.

b. Por otra parte, la primera palabra de Jesús nos revela bien a las claras la misericordia de Cristo. Como se ve, no hace más que llevar a la práctica lo que pidió a los suyos: perdonar a los que nos hacen mal.

c. Pero la primera palabra incluye, además, una motivación que resulta sorprendente: “No saben lo que hacen”. ¿A quién se refería con esa especie de disculpa? Es cierto que los soldados romanos, procedentes con frecuencia de las provincias más alejadas del Imperio, no sabían bien lo que hacían, pero los dirigentes del pueblo sí que parecían saberlo.

Con todo, Jesús ofrecía una comprensión universal que venía a disculpar el drama tremendo de su propia muerte. Su misericordia cubría como un manto de piedad, las malas intenciones, los resentimientos, las acusaciones viles de que había sido objeto. San Pablo se coloca en la misma perspectiva de comprensión y perdón cuando dice que si lo hubiesen conocido, nunca habrían crucificado a Jesús (1 Cor 2, 8).

Pero la fe cristiana amplía todavía más el horizonte. Y afirma que Jesús, en la cruz, no solo pide la

misericordia de Dios para aquellos que lo condenaban en aquel momento único e irrepetible de la historia. En realidad, Él pide perdón para todos los hombres.

En 1926 decía san Pedro Poveda que en esta palabra “sintetizó Cristo su inmenso amor a los hombres”, así como la exigencia de amar a los enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian (Mt 5, 44)³.

“Padre, perdónales”. La oración de Jesús, recogida en la primera palabra, se convierte en modélica para todos los que creemos en él y le seguimos. No nos extraña que esa petición, tan llena de misericordia, no sea comprendida ni adoptada por los que no creen en él. Pero para los seguidores del Maestro esa comprensión universal es la principal clave de discernimiento e identificación. Por nuestra aceptación o indiferencia ante esta palabra se podrá deducir nuestra fidelidad al Evangelio. Seremos cristianos cuando aprendamos a poner amor donde había indiferencia y a poner perdón donde había habido ofensa.

• 2 •

Uno de los malhechores colgados le insultaba: “¿No eres tú el Cristo?

Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!”.

Pero el otro le respondió diciendo:

“¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, este nada malo ha hecho”. Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”. Jesús le dijo:

“Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

(Lc 23, 43)

Según el derecho judío, no podían ser ejecutadas dos personas en el mismo día (*Sanhedrin*, VI, 4). Sin embargo, en este caso aquí la justicia es la romana. Y en el uso romano eran frecuentes las ejecuciones plurales y colectivas. Unas veces se trataba de ahorrar esfuerzos. Y en otras ocasiones se pretendía aumentar la dramaticidad del acontecimiento para que sirviera de escarmiento a grupos de



alborotadores sociales o a pueblos especialmente levantiscos.

Los crucificados junto a Jesús eran, al parecer, malhechores o salteadores a mano armada. Seguramente con ellos podría haber sido también condenado Barrabás –“el hijo de su padre”– si no se hubiera convertido de golpe en el primer “redimido” por la muerte de Jesús, el “Hijo del Padre” celestial.

Los evangelios de Mateo y de Marcos dicen que a Jesús lo injuriaban los que habían sido crucificados con Él. Su argumentación no podía ser más elemental: si era el Mesías, que bajase de la cruz y los bajase también a ellos con Él.

Uno de los condenados, sin embargo, reprende a su compañero. Reconoce la justicia de su condena y la injusticia de la condena de Jesús. Tras la reprensión al que había acompañado en vida como malhechor, brota de sus labios la imploración al que ha descubierto a la hora de la muerte como bienhechor:

– “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino”. El condenado oraba desde la cultura y la espiritualidad

del Antiguo Testamento. No le pide que se acuerde de él cuando llegue a su reino, sino cuando venga con poder. Imaginaba que el Mesías, al que parece reconocer en Jesús, habría de venir a establecer el reino en el momento escatológico. Y ese momento debía de coincidir con la resurrección de los muertos.

– “Hoy estarás conmigo”. La súplica fue acogida, pero en un sentido un poco diferente al que pretendía el suplicante. Jesús le responde desde la nueva realidad inaugurada por su vida y su misión. El Reino de Dios ha llegado ya con Él. Y con Él se ha revelado la compasión de Dios. La respuesta rezuma misericordia. Pero es, antes que nada, una revelación cristológica. Al contestar de esta forma a la petición del malhechor, Jesús nos revela que dispone de la suerte eterna de un hombre. No es solo un profeta. Dispone del poder de Dios.

La última parte de la frase es significativa. El condenado estará con Jesús en el “paraíso”. “Estar con” Jesús es vivir la realización del nombre que le había sido impuesto por el ángel antes de su nacimiento. Él había de

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

ser el Emmanuel, es decir, el “Dios con nosotros”. Y, de pronto, ese “nosotros” quedaba resumido en la persona de un malhechor que imploraba el recuerdo del Mesías.

Jesús le prometía su cercanía en el “paraíso”. Es esa una palabra que evoca añoranzas primordiales y anuncia la posibilidad de la realización plena de la existencia. El paraíso es entendido, en la memoria colectiva de la humanidad, como el lugar y la situación de la armonía integral. Pero Jesús no identifica el cielo con el paraíso primordial ni este con un lugar concreto. Su promesa se refiere, más bien, a la participación en la felicidad y la gloria de Cristo (cf. Flp 1,23). El paraíso es Él.

¿Qué significa para nosotros esta segunda palabra de Jesús? Al menos, nos recuerda que los seguidores del Señor no vamos por la vida aferrados a la nostalgia de un pasado. Tampoco nos vemos a nosotros mismos identificados en razón de una esperanza enganchada –como un ancla– en las riberas de una playa utópica. No anhelamos un lugar. Esperamos un encuentro. Un reencuentro. No aguardamos algo, esperamos a Alguien. Solo su cercanía y su amor puede calmar nuestro anhelo.

• 3 •

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y, junto a ella, al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”. (Jn 19, 26-27)

Según el evangelio de Marcos, un grupo de piadosas mujeres estaban mirando la crucifixión de Jesús desde lejos (Mc 15,40). Según el evangelio de Juan, María –con este grupo de mujeres entre las que se cuenta María Magdalena– está “de pie junto a la cruz” (Jn 19, 25). Es importante ese leve matiz referido a la distancia. Es como si, después de la crucifixión, hubiera transcurrido ya un cierto tiempo y, ante la cercanía

de la muerte de Jesús, se hubiera permitido a sus seguidores acercarse hasta la cruz. Nada podían hacer ya por él y nada podían hacer para impedir la ejecución de la condena.

Pero Jesús parecía tener todavía un encargo que cumplir. Deseaba confiar a su Madre, María, a la custodia del discípulo amado y encargar a este la atención hacia su madre.

El texto evangélico nos dice que, desde aquel momento, el discípulo “la acogió en su casa” o, mejor, que la recibió como propia. ¿Qué diferencia puede haber entre ambas traducciones?

La primera interpretación, se detiene en el sentido literal de la expresión, que parece indicar la solicitud temporal que el discípulo y María habrán de prestarse mutuamente. El discípulo la recibió en su casa. Ese es el significado que atribuyeron a esas palabras de Jesús los antiguos Padres de la Iglesia, como san Juan Crisóstomo⁴, san Cirilo de Alejandría⁵ y san Agustín⁶.

Sin embargo, andando el tiempo, la tradición cristiana ha venido atribuyendo un sentido espiritual a estas palabras de Jesús. El discípulo habría acogido a María como suya. El papa Pío XII afirma que “en la persona del discípulo predilecto confiaba Cristo toda la cristiandad a la Santísima Virgen”⁷. El Concilio Vaticano II dedica una atención especial a esta presencia de María en el Calvario, cuando dice: “Así también la Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cf. Jn., 19, 25), se condeñó vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma, y, por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús, moribundo en la Cruz con estas palabras: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” (Jn 19, 26-27)”⁸.

Durante la celebración del Concilio, el papa Pablo VI dedicó a María el hermoso título de Madre de la Iglesia⁹.

Esta tercera palabra de Jesús desde la cruz nos lleva a contemplar el misterio de la Iglesia, heredera de la ternura de María y de la fidelidad de los discípulos de la primera hora.

Nos lleva también a recordar nuestra deuda de amor a la Iglesia, nuestra Madre, testigo del martirio injusto de Jesús. También ella es injustamente maltratada y calumniada en todas las épocas de la historia y en cualquier ocasión en que una persona necesite un chivo expiatorio para hacerse perdonar su arrogancia o su pecado.

• 4 •

Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: “¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?”, esto es: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”. Al oírlo algunos de los que estaban allí decían: “A Elías llama este”. Y enseguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber. Pero los otros dijeron: “Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarle”. (Mt 27, 46-49; Mc 15, 34-37)

La cuarta palabra de Jesús nos resulta a primera vista un tanto escandalosa. ¿Cómo es posible que de la boca de Jesús haya salido una imprecación como esta? Ahora bien, si prestamos una atención más cercana y cordial a los sentimientos de Jesús, nos daremos cuenta de que esta exclamación nos recuerda la oración de la víspera en el Huerto de los Olivos. De hecho, refleja el mismo dolor agónico que Jesús había experimentado en Getsemaní y la misma confianza con la que entonces había aceptado la voluntad del Padre.

Al oír estas palabras, algunos de los presentes piensan que Jesús está llamando a Elías para que acuda a salvarle (v. 49) y a presentarle finalmente a Israel como Mesías. Así lo imaginaba el pueblo.

Según el segundo libro de los Reyes, Elías había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego (2 Re, 2,11). El libro del Eclesiástico comentaba aquella desaparición del profeta, afirmando que había sido designado “para hacer volver el corazón de los padres a los hijos y restablecer las tribus de Jacob” (Eclo 48,10). Eran muchos los judíos que esperaban su aparición para presentar al Mesías. De hecho, lo habían identificado con Juan el

Bautista y con el mismo Jesús (cf. Mt 16, 14; 12, 12). En este momento, Jesús bien podía llamar en su auxilio al que había de ser su protector.

Evidentemente, esa interpretación solo podían darla los espectadores judíos. Tan solo ellos pudieron explicarla a los soldados romanos. Así pues, uno de los guardias toma una esponja y la amarra a una caña, es decir, a la típica jabalina romana (*pilum*). A continuación la empapa en vinagre. Se trata sin duda de la *poska*, o bebida refrescante a base de agua, vinagre y a veces huevos batidos que suelen llevar los soldados romanos en campaña. El soldado acerca aquel refresco hasta los labios. Pero, según el evangelio de Juan, Jesús renunció a ese alivio refrescante (Jn 19, 29).

Tanto como el resultado del lamento de Jesús importa conocer su sentido exacto. Jesús no llamaba a Elías. Él mismo se había encargado de desmentir la veracidad de las expectativas populares. Con aquellas palabras, Jesús estaba iniciando la recitación de un salmo que recogía los sentimientos de un justo atribulado (Sal 22,2). Aquella oración comenzaba con un tono desgarrado:

*“Dios mío, de día te grito
y no respondes;
de noche y no me haces caso...
Yo soy un gusano,
no un hombre,
vergüenza de la gente,
desprecio del pueblo;
al verme se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
‘Acudió al Señor, que lo ponga a salvo,
que lo libre, si tanto lo quiere’”.*

Los textos evangélicos han visto en estas primeras estrofas del salmo un anticipo y reflejo de la situación dolorosa por la que estaba pasando Jesús en la cruz. Pero el texto del salmo no se detenía ahí. Tras esa descripción de su dolor, el orante invoca confiado al Señor, repitiendo más de una vez:

*“Pero tú, Señor no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme”.*

La antigua plegaria colocaba al orante en un tercer momento. Suponía que, efectivamente, Dios acudía a socorrer al que lo invocaba, porque el salmista incluye en su canto una invitación vibrante a toda la asamblea:



*“Fieles del Señor, alabadlo...
porque no ha sentido desprecio
ni repugnancia hacia el
pobre desgraciado;
no le ha escondido su rostro:
cuando pidió auxilio le escuchó”.*

Ese itinerario-existencia era también el que estaba recorriendo Jesús. Su oración no era un grito de desesperanza, sino una súplica confiada en el Dios que escucha a los que lo invocan. Ciertamente, el Padre celestial habría de escuchar la petición de auxilio que le dirige Jesús. Pero la escucharía en un modo que resulta difícil de imaginar para todos los demás, excepto para Él mismo, que ha anunciado varias veces su resurrección.

Esta cuarta palabra de Jesús, lejos de escandalizarnos, habría de interpelarnos profundamente sobre la calidad de nuestra oración. Ni el cristiano individual ni la Iglesia entera pueden convertir la plegaria en un ejercicio de frivolidad o en un

puro momento estético. El orante pone en juego toda su existencia y toda su fe. Orar es reconocer la propia situación. Pero es, sobre todo, atreverse a medirla con las medidas propias de Dios.

• 5 •

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: “Tengo sed”.
(Jn 19, 28)

Jesús pertenecía a un pueblo que había experimentado la sed en la larga travesía del desierto y había gozado de la providencia del Dios que lo guiaba y hacía brotar manantiales a su paso.

Ahora la padecía él. Era la suya una sed física, producida por la serie de tormentos que se habían ido sucediendo desde su agónica vigilia en Getsemaní.

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Pero la sed, como el hambre, es una de las metáforas privilegiadas para reflejar los más profundos anhelos del espíritu. Junto a ese tormento físico, sentía Jesús una sed muy humana de comprensión y ayuda, que se encuentra evocada en el salmo que refleja el itinerario de su propia pasión: “En mi sed me dieron a beber vinagre” (Sal 69, 22).

Estamos acostumbrados a pensar que lo que Jesús experimentaba era, sobre todo, una ardiente sed espiritual. Un día, sentado junto al pozo de Jacob, había pedido de beber a una mujer de Samaría (cf. Jn 4,7). Sin duda, sentía necesidad de agua y bebería con gusto de aquel manantial. Pero el contexto de aquel largo coloquio con la Samaritana indica que se sentía impulsado por una sed espiritual que le hacía olvidarse de la comida con tal de cumplir la voluntad del Padre que lo había enviado.

Una interpretación apostólica nos lleva con frecuencia a decir que Jesús tenía sed de almas. Así lo comentaba san Pedro Poveda: “Jesús padeció sed ardiente, mas no interpretemos que era de líquido refrigerante, cuando dijo sitio; su sed era de otra naturaleza infinitamente más elevada; sintió sed de almas, el amor a estas le puso en la cruz”¹⁰.

Pero la tradición de su pueblo subrayaba con igual fuerza la sed de Dios que empuja a la persona:

*“Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma te busca
a ti, Dios mío;
tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver
el rostro de Dios?”* (Sal 42, 2-3).

Tal vez se haya olvidado la influencia que sobre esa palabra de Jesús haya podido ejercer este hermoso salmo. En él se recoge el lamento de un levita desterrado que añora los días pasados en el santuario e implora la protección del Dios que ha de hacerle justicia frente a sus perseguidores. Los versos finales sitúan sus quejidos en el panorama de la más confiada esperanza:

*“¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
‘Salud de mi rostro, Dios
mío’”* (Sal 42, 12).

Al recordar esta quinta palabra de Jesús, tenemos presentes las necesidades más elementales de la humanidad: de cuatro quintas partes de la humanidad que carecen de lo más elemental para vivir una vida digna. Pero no podemos olvidar que los pobres existen hoy porque han sido despojados de sus bienes. Los alimentos y el agua se han convertido en materias preciosas, arrebatadas por los hartos y los satisfechos. Esta palabra de Jesús es una acusación para nuestra glotonería y nuestra intemperancia.

Y, por supuesto, es una interpelación para nuestra tibieza y nuestra poltronería ante el clamor de los que buscan un sentido para su existencia y, tal vez sin sospecharlo, andan buscando a Dios con más ansiedad que los que creen haberlo descubierto.

• 6 •

Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: “Todo esta cumplido”. (Jn 19, 30)

Los evangelistas habían presentado la vida de Jesús como el cumplimiento de las antiguas profecías. Sobre todo, el evangelio de Mateo va engarzando su relato de la infancia de Jesús sobre la memoria de las figuras antiguas y de los oráculos proféticos. Recordamos que, después de referir el anuncio del ángel a **José de Nazaret**, el evangelista añade, por su cuenta: “Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: “Dios con nosotros” (Mt 1, 22-23).

Jesús mismo ofrecía como prueba de la autenticidad de su mesianismo el cumplimiento de aquellas promesas. A los discípulos que Juan Bautista le envía desde la mazmorra para preguntarle si es el esperado por su pueblo, contesta Jesús aludiendo a las antiguas profecías: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena

Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!” (Mt 11, 5-6).

Jesús no solo ofrecía un cumplimiento a las esperanzas de su pueblo. Él era el cumplimiento. Todo apuntaba a Él. Y todo quedaba recapitulado en Él: la búsqueda de la santidad y el clamor por la justicia; el anhelo de Dios y la promoción de la fraternidad.

Ahora, en la cruz, Jesús proclama que todo se ha cumplido. No solo ha terminado la representación de su drama personal. No es que haya llegado al final el guión de su ejecución. No solo se han cumplido las profecías. Es que Jesús ha cumplido la voluntad del Padre. Para eso había venido, como Él había dicho. Su comida era hacer la voluntad del Padre, como había dicho a sus discípulos en aquel mediodía en Sicar, junto al pozo de Jacob (Jn 4, 34). No buscaba su voluntad, sino la de Aquel que lo había enviado (Jn 5, 30; 6, 38-39).

“Todo se ha cumplido”. Esa palabra de Jesús nos interpela a todos los que repetimos cada día en la oración dominical: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. No es sincera nuestra plegaria si, al mismo tiempo, tratamos de organizar nuestra vida y la de la sociedad en contradicción con la voluntad que Dios nos ha manifestado a través de la misma naturaleza, por medio de profetas que nos son enviados a lo largo de los siglos y, por último, en la persona y el mensaje de su hijo Jesús.

No podemos blasfemar contra Dios cuando el mundo se encanalla y corre la sangre, como si Dios fuera el culpable de que nosotros hayamos ignorado, burlado y despreciado su voluntad.

Decimos “todo se ha cumplido”, pero nos referimos a nuestros propósitos de venganza o a nuestros planes de diversión y frivolidad. Pero lo decimos con la mueca de cadáveres ambulantes.

“Todo se ha cumplido”. Esa palabra de nuestra autonomía altanera revela la raíz de nuestra infelicidad y nuestra náusea. No hemos aprendido a pronunciarlo teniendo ante la vista el proyecto de un Dios que no solo no es enemigo de la causa humana, sino que la promueve, la ama y la realiza.

. 7 .

**Jesús, dando un fuerte grito, dijo
"Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu".
Y dicho esto, expiró.
(Lc 23, 46)**

Para referirse a este momento culminante de la vida de Jesús, los evangelios evitan cuidadosamente mencionar las palabras "muerte" o "morir", que han utilizado en otras ocasiones (cf. Mt 22, 24-27).

El lenguaje empleado parece escogido con toda intención. Jesús no muere, sino que "depone" o entrega su espíritu. El espíritu es aquí un semitismo para expresar la "vida" que entrega en las "manos" del Padre. Pero también esa expresión refleja el estilo semítico que traduce por "manos" la voluntad de su Padre, de la que ha vivido pendiente Jesús.

De nuevo, el evangelio de Lucas, el evangelio de la gracia y la oración, coloca en la boca de Jesús la antigua súplica de un salmo de su pueblo:

*"A ti, Señor me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú que eres justo, ponme a salvo,
inclina tu oído hacia mí;
ven aprisa a liberarme,
sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame:
sálvame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
Tú, el Dios leal, me
librarás" (Sal 31,1-6).*

Dios es fiel y leal, mantiene su promesa y su alianza, a pesar del olvido y los pecados de los hombres. He ahí una de las convicciones más fuertes en la teología de los profetas de Israel (cf. Is 55, 3; Jer 31, 31; Ez 34, 25). Jesús la ha hecho suya. Ha anunciado la fidelidad de Dios. Y ha vivido esa convicción. Ante la experiencia del abandono de todos, incluidos sus discípulos más cercanos, Jesús confía en Dios, el Dios leal.

El tribunal religioso de su pueblo lo ha condenado por blasfemo. El tribunal político del imperio de Roma lo ha condenado por sedicioso. Unos han gritado que su mensaje no lleva a Dios. Los otros han sugerido que su mensaje no favorece la paz social y la



convivencia humana. Privado de todo apoyo, Jesús apela al que siempre ha sido y es su baluarte y su amparo. Su oración final es un acto de confianza en Dios y una denuncia de los falsos apoyos humanos. Su resurrección de entre los muertos será la respuesta del Dios al que ha apelado en su oración.

Pero su oración final es, además, el signo de una libertad que siempre ha guiado sus pasos. Hasta sus mismos enemigos hubieron de reconocer que vivía en la verdad y la proclamaba, sin miedos ni reticencias (Mc 12, 14). Jesús había sido libre día a día. Y mantiene en alto su libertad hasta su muerte. Cristo muere libremente (cf. Jn 10, 17-18) y entrega su vida con plena conciencia de su misión.

El libro de los Hechos de los Apóstoles recordará esta oración postrera de Jesús. Lapidado por las gentes de su pueblo, Esteban, seguidor del Señor crucificado, muere como él fuera de las murallas de Jerusalén. Y de sus labios se desprenden las mismas oraciones de su Maestro, significativamente cambiadas: "Señor Jesús, recibe mi

espíritu... Señor, no les tengas en cuenta este pecado" (Hech 7, 59-60).

He ahí las claves para la oración cristiana. El discípulo ya no solo ora como su Maestro: ora a su Maestro, aceptado y confesado ya como Señor y Redentor.

El perdón a los enemigos, la confianza en el Padre celestial, la aceptación de su voluntad y la entrega de la propia vida en un acto de homenaje agradecido por el don recibido en gratuidad. Ese es el estilo de la vida y de la muerte del cristiano. Y ese es su mensaje, casi siempre silencioso y, a veces, pregonado con el gesto martirial de la coherencia a toda costa.

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Esa es nuestra oración en la vida y en la muerte. Y nuestra protesta frente a todos los que, sin ser el Padre celestial, se empeñan en arrebatar la vida a los hijos amados del Padre, unas veces con violencia y, otras, con la excusa de pretendidas compasiones que esconden y encubren el miedo y la comodidad ante el drama de la muerte ajena.



CONCLUSIÓN

Jesús había distribuido por los caminos de Galilea y en los atrios del Templo los dones que había recibido. El don de su palabra y el don de su cuerpo y de su sangre. Pero su tesoro era inagotable. Desde lo alto de la cruz tenía aún que entregar a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares siete dones como siete estrellas: el don del perdón gratuito y el del paraíso recobrado; el don de la madre para los hermanos dispersados por el miedo y el de la confianza en el Padre bienamado; el don de la sed de los comienzos y el de la esperanza ya cumplida, el don finalmente de su propia entrega, tan libre y voluntaria, tan sentida y generosa¹¹.

Comenzaban estas reflexiones evocando las declaraciones de un conocido artista. Pueden terminar

recordando una advertencia de otro actor como **Jim Caviezel**: “Si estás buscando una vida fácil, entonces lo tuyo no es la fe católica. Por lo menos haz una opción. Si la vía católica no es para ti, entonces haz otra cosa. Pero si vas a decir que eres católico, vívelo. Vive tu vida. Eso es lo que necesitamos. Necesitamos guerreros. Necesitamos santos en la tierra ahora. Los necesitamos urgentemente. Necesitamos personas que le den la espalda al pecado”¹².

Como se ve, también en el mundo del espectáculo hay todavía personas que no se dejan llevar por las apetencias de la masa y reclaman una vida ejemplar de los que se dicen seguidores de una persona ejemplar como Jesús.

Ante la cruz, nosotros hemos escuchado las últimas palabras

Notas

1. F. J. SHEEN, *Las siete palabras*, Barcelona, 1961
2. *Alfa y Omega* 346 (20-3-2003), 30.
3. Cf. P. POVEDA, *Obras. I. Creí, por esto hablé*, Madrid 2005, 721.
4. Cf. PG 59, 462.
5. Cf. PG 74, 663.
6. Cf. PL 35, 1950-1951
7. *Documentos marianos*, BAC, Madrid, n. 884.
8. LG 58; *Catecismo de la Iglesia Católica* 964.
9. PABLO VI, Discurso en el aula conciliar el 21 de noviembre 1964.
10. P. POVEDA, o.c., 721.
11. J. R. FLECHA, *Las siete palabras de Jesús en la cruz*, Burgos 2016, 14-15.
12. *Alfa y Omega* 346 (20-3-2003), 30.

de una persona amada. ¿Qué hemos de hacer de ellas?

- a. Prestarles acogida en nuestro corazón. Recordarlas y meditarlas. Hagamos anamnesia para no caer en la amnesia de que hacemos gala habitualmente.
- b. Hacer nuestros aquellos sentimientos que embargaban al Justo en los últimos momentos de su vida mortal. Estamos llamados a imitar a Jesucristo.
- c. Luchar para que su proceso y asesinato no se reproduzcan en el mundo en el que vivimos. No podemos permitir que los justos sean injustamente ajusticiados. Que las últimas palabras del Señor nos ayuden a recordar aquel pasado y a acordar entre todos un futuro impregnado por aquellos sentimientos. ●

Esquema de la celebración

1.- LITURGIA DE LA LUZ

a/ Bendición del fuego. Símbolo de que Jesucristo es la luz del mundo, el que da motivos para que se puedan romper las oscuridades.

b/ Bendición del Cirio. Se bendice la cruz recordando la humanidad de Cristo. Y el alfa y el omega... primera y última de las letras del alfabeto griego. Símbolo del principio y del fin. Cristo como Señor de la historia.

c/ Procesión de la luz. Seguimos la luz del Cirio, igual que los israelitas cruzaron el desierto siguiendo las huellas de su Dios.

d/ Pregón. Igual que en las fiestas de nuestros pueblos y ciudades. Se anuncian los 50 días de alegría hasta Pentecostés.

2.- LITURGIA DE LA PALABRA

a/ Lecturas

7 lecturas del antiguo testamento y de los profetas con sus correspondientes salmos. Se narra la Historia de la salvación... el pueblo israelita descubrió la presencia de Dios en los acontecimientos vividos. Se pueden reducir a 3 pero conservando siempre la del Paso del Mar Rojo.

Gloria.

Epístola.

Salmo.

Aleluya.

Evangelio.

b/ Homilía

c/ Oración universal.

3.- LITURGIA BAUTISMAL

a/ Letanías.

b/ Bendición del agua.

c/ Renovación de las promesas bautismales.

4.- LITURGIA EUCARÍSTICA

a/ Ofertorio.

c/ Plegaria eucarística. Todas las oraciones del sacerdote en torno a la consagración, incluye el santo.

d/ Ritos de comunión

Padrenuestro.

Paz.

Fracción del pan.

Comunión-acción de gracias.

Despedida.

Confíad y velad

Vigilia Pascual



Queridos hermanos: ENHORABUENA a todos y cada uno de los asistentes. Estamos aquí y ahora porque el Señor Vive y nosotros somos testigos de ello.

Bienvenidos a esta Vigilia Pascual, en la que vamos a celebrar la victoria de Jesús sobre la muerte que nos trae el egoísmo y nuestra incorporación a su Persona Viva y Presente entre nosotros.

Como sabéis, se trata de una ceremonia que dura más que cualquier Eucaristía, porque la Iglesia quiere recordarnos muchas cosas, de una manera muy especial, en este día, pero sobre todo una: la acción de Dios en la Historia de la Humanidad desde la creación del mundo, que culmina con la presencia de Jesús en y entre nosotros hasta el fin de los tiempos.

Toda la celebración gira en torno a esta idea y las Lecturas, y en total, así lo expresan como vamos a contemplar con atención.



1.- LITURGIA DE LA LUZ O LUCERNARIO.

MONICIÓN ANTES DE BENDECIR EL FUEGO:

1- Comenzaremos con la Bendición del Fuego y del Cirio Pascual.

El fuego simboliza la Luz de Cristo Resucitado, que ilumina toda la creación rescatada por Él y el Cirio Pascual su Presencia real aquí y ahora.

Encender la hoguera

El celebrante, grabará en primer lugar la cruz en el Cirio y a continuación las letras griegas alfa y omega y la cifra que corresponde a este año 2017. Esto quiere decir que Cristo es el Señor de la Historia desde el principio, alfa, primera letra del alfabeto griego, hasta el final, omega, última letra del alfabeto griego, y eso lo proclamamos en el año en que vivimos, 2017.

Posteriormente encenderemos nuestras velas del propio fuego del Cirio, participando todos de la misma Luz y volveremos en procesión hasta aquí.

Oración del celebrante.

Signado y encendido del cirio pascual.

Procesión hacia la Iglesia.



Confíad y velad

**Se canta Luz de Cristo:
(en la entrada del templo, en las escaleras, en el presbiterio).**

CANTO: “Ésta es la luz de Cristo”

PREGÓN PASCUAL:

Podemos apagar las velas.

Oración del celebrante

2.- LITURGIA DE LA PALABRA:

Después de haber comenzado la Vigilia Pascual con el rito de la luz, dispongámonos ahora a escuchar y contemplar la Palabra de Dios hacia la humanidad, que culmina en Jesucristo. Primero escucharemos unas lecturas del Antiguo Testamento, donde contemplaremos el amor de Dios desde el inicio de la historia, desde la creación del mundo: con momentos emblemáticos como la liberación de Egipto, y con las palabras de los profetas, que hablan en nombre de Dios y piden la respuesta del pueblo. Es la historia del amor de Dios, que quiere la salvación para todos.

PRIMERA LECTURA. (Gn.1,1-2, 2)

ANTÍFONA DEL SALMO: “Envía tu Espíritu, Señor”

Oración del celebrante

SEGUNDA LECTURA. (Gn.22, 1-18).

ANTÍFONA DEL SALMO: “Protégeme Dios mío”

Oración del celebrante

TERCERA LECTURA. (Ex. 14, 15-51, 1).

ANTÍFONA DEL SALMO: “Mi fuerza y poder es el Señor”

Oración del celebrante

CUARTA LECTURA. (Is. 54, 5-14).

ANTÍFONA DEL SALMO: “Te ensalzaré, Señor, porque me has



Confiad y velad

librado”

Oración del celebrante

QUINTA LECTURA. (Is. 55, 1-11).

ANTÍFONA DE LOS SALMOS: “Gritad jubilosos”

Oración del celebrante

SEXTA LECTURA. (Baruc 3, 9-15. 32-4,4).

ANTÍFONA DE LOS SALMOS: "Señor, Tú tienes palabras de vida eterna"

Oración del celebrante

SÉPTIMA LECTURA. (Ez. 36, 16-17a. 18-28).

ANTÍFONA DEL SALMO: “Como busca la cierva corrientes de agua”

Oración del celebrante

MONICIONES AL CANTO DEL GLORIA:

Hemos escuchado las lecturas del Antiguo Testamento, la larga historia que nos preparaba para la vida nueva de Jesucristo. Ahora, antes de escuchar el anuncio de esta vida nueva, cantemos y alabemos a nuestro Dios y aclamemos a Jesucristo, el único camino, la única verdad, el único Señor.

Se encienden las luces, suenan las campanas.

Se entona el canto del Gloria.

Oración del celebrante

CANTO DEL GLORIA:

MONICIÓN A LAS LECTURAS DEL NUEVO TESTAMENTO:

Ha llegado el momento de proclamar el gran anuncio de esta noche: la resurrección del Señor. Es el anuncio que renueva toda la historia. Es el anuncio de la vida para todos. Por eso ahora, antes de escucharlo, nos uniremos en el canto de la alabanza gozosa a Dios, el Padre, el Señor, que nos ama para siempre.

SALMO: “Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”.



Confíad y velad

98

ALELUYA

3.- LITURGIA BAUTISMAL

AL COMENZAR LA LITURGIA BAUTISMAL

Esta noche de la resurrección del Señor es la noche en la que los cristianos renovamos el bautismo que nos hizo hijos e hijas de Dios, incorporados a la vida nueva de Jesús resucitado por la fuerza de su Espíritu. Dispongámonos, pues, a celebrar el don del agua de la vida. Los momentos emblemáticos como la liberación de Egipto, y con las palabras de los profetas, que hablan en nombre de Dios y piden la respuesta del pueblo. Es la historia del amor de Dios, que quiere la salvación para todos.

CANTO: “Agua lávame” nº 27

PRECES:

*Con un corazón sincero y lleno de alegría, oremos diciendo: **Jesús resucitado, escúchanos.***

* Oremos a Jesús resucitado, vida y esperanza para la humanidad entera, diciéndole:
JESÚS RESUCITADO, ESCUCHANOS.

Por el Papa Francisco, por nuestro obispo Carlos Osoro, por toda la Iglesia. Que con nuestra palabra y nuestra vida demos siempre un buen testimonio de la resurrección del Señor. OREMOS

Por lo que esta noche, en el mundo entero, reciben el bautismo y entran a formar parte de la Iglesia. Que vivan siempre llenos de la fuerza del Espíritu Santo. OREMOS

Por todos los hombres y mujeres, por todos los pueblos de la tierra. Que a todos llegue la paz, la justicia, el bienestar. OREMOS

Por todos nosotros, reunidos en esta noche santa. Que experimentemos la renovación de nuestra vida con la gracia de la Pascua. OREMOS.



Confíad y velad

4.- LITURGIA EUCARÍSTICA

PROCESIÓN DE LAS OFRENDAS

Huellas de pies: Te presentamos, Señor, estas huellas que representan nuestro caminar hacia Ti y hacia los hermanos. Que ni el cansancio ni las dificultades del camino nos hagan abandonar.

Ramos de flores y cesta con frutos: Estas flores y frutos de nuestra tierra representan a cada una de nuestras familias. Haz que esta riqueza de dones, que tú nos regalas dé nuevos frutos, en bien de todos los hombres y mujeres que nos rodean.

Luz: Te ofrecemos la luz que hemos recibido del Cirio Pascual que hoy nos reúne y es para nosotros signo de esperanza.

Pan y Vino: y junto a todo, el Pan y el Vino símbolos principales de nuestro banquete. En ellos Jesús se hace presente en nuestras vidas. Señor, haz que siempre nos alimentemos de ti y te tengamos como amigo que nos anima, protege y acompaña.

CANTO: “Te ofrecemos”

SANTO: “Santo eres, Señor, Dios nuestro”

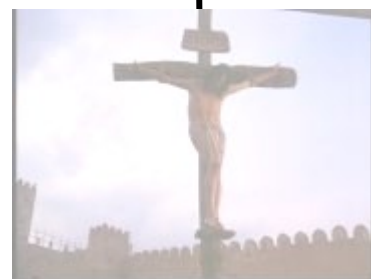
PAZ: “Paz dominicana”

COMUNIÓN: “Hoy el Señor resucitó”

RITO DE DESPEDIDA

Porque hemos celebrado la Pascua de Cristo, nos podemos ahora felicitar; llenos de alegría. Hemos participado de su luz, de su triunfo, de su resurrección. **¡FELICES PASCUAS!**

FINAL: “Mi Dios está vivo”



Confíad y velad

100

LETANÍAS

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.

Santa María, madre de Dios
San Miguel
Santos Ángeles de Dios.
San Juan Bautista.
San José
Santos Pedro y Pablo
San Andrés
San Juan
Santa María Magdalena
San Esteban
San Ignacio de Antioquía
San Lorenzo
Santas Perpetua y Felicidad
Santa Inés
San Gregorio
San Agustín
San Atanasio
San Basilio
San Martín
San Benito
Santos Francisco y Domingo
San Francisco Javier
San Juan María Vianney
Santa Catalina de Siena
Santa Teresa de Jesús
San Vicente de Paúl
San Pedro de la Fuente
Santos y Santas de Dios

Ruega por nosotros.

Muéstrate propicio
De todo mal
De todo pecado
De la muerte eterna
Por tu encarnación.
Por tu muerte y resurrección.
Por el envío del Espíritu Santo

Libranos, Señor

Nosotros que somos pecadores

Te rogamos, óyenos

(Para que regeneres a estos elegidos
con la gracia del bautismo)
Para que santifiques esta agua
en la que renacerán todos tus hijos
Jesús, Hijo del Dios vivo

Cristo. óyenos. Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos

Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos

Pregón Pascual

Exulten los coros de los ángeles,
exulte la asamblea celeste,
y un himno de gloria,
aclame el triunfo del Señor resucitado.

Alégrese la tierra
inundada por la nueva luz;

**El esplendor del Rey,
destruyó las tinieblas,
destruyó las tinieblas,
las tinieblas del mundo. (Bis A)**

Que se alegre nuestra Madre la Iglesia,
resplandeciente, de la gloria de su Señor,
y que en este lugar resuene unánime
la aclamación de un pueblo en fiesta.

**El Señor esté con vosotros.
Y CON TU ESPÍRITU
Levantemos el corazón
LO TENEMOS LEVANTADO
HACIA EL SEÑOR
Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
ES JUSTO Y NECESARIO (Bis)**

Realmente es justo y necesario
exaltar, con el canto la alegría del Espíritu,
y elevar un himno al Padre Todopoderoso
y a su único hijo, Jesucristo.

Él ha pagado por todos al eterno Padre
la deuda de Adán,
y con su sangre, derramada por amor,
ha cancelado, la condena antigua del pecado.

Esta es la Pascua
en que se inmola el cordero.
Esta es la noche,
en que fueron liberados
nuestros Padres de Egipto.
Esta es la noche,
que nos salva de la oscuridad del mal.

**Esta es la noche
en que Cristo ha vencido a la muerte,
y del infierno
retorna victorioso. (Bis A)**

¡Oh admirable condescendencia de tu amor!
¡Oh incomparable ternura y caridad!
Por rescatar al esclavo
has sacrificado al Hijo.

Sin el pecado de Adán,
Cristo no nos habría rescatado.

**¡Oh feliz culpa!
Que mereció tan grande redentor,
¡Oh feliz culpa! (Bis A)**

¡Oh noche maravillosa
en que despojaste al Farón
y enriqueciste a Israel!

¡Oh noche maravillosa,
tu sola conociste la hora
en que Cristo resucitó!

¡Oh noche que destruyes el pecado
y lavas todas nuestras culpas!

¡Oh noche realmente gloriosa
que reconcilias
al hombre con tu Dios!

**Esta es la noche
en que Cristo ha vencido a la muerte
y del infierno retorna victorioso. (Bis A)**

En esta noche acepta, Padre Santo,
este sacrificio de alabanza,
que la Iglesia te ofrece
por medio de sus ministros,
en la liturgia solemne de este cirio
que es signo de la nueva luz.

Te rogamos, Señor, que este cirio
ofrecido en honor de tu nombre
Brille radiante:
Llegue hasta Ti, como perfume suave,
se confunda con las estrellas del cielo;
lo encuentre encendido el lucero
de la mañana.
Esa estrella, que no conoce el ocaso;

**Que es Cristo tu Hijo,
resucitado,
resucitado,
de la muerte. (Bis A)**

Amén, Amén, Amén.

Una espera que es preparación



Domingo de Resurrección

Celebración de la Eucaristía



MONICIÓN DE ENTRADA - Pregón de Pascua

“¿Por qué buscáis entre los muertos a aquel que vive? ;No está aquí! ;Ha resucitado!”. Esta noche, en todo el mundo, en todos los lugares donde hay cristianos, ha resonado esta gran noticia. Esta noche, en todo el mundo, se ha encendido el cirio pascual y se ha levantado hacia Dios el canto gozoso del aleluya. Hoy estamos aquí para celebrar la resurrección del Señor. Y para recordar, y revivir, que nosotros nos hemos incorporado también a esa vida nueva de Cristo resucitado. Celebremos, pues, con toda la alegría la gran fiesta de la Pascua.



ORACIÓN COLECTA:

Oremos. Señor Dios, que en este día nos has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte, concede a los que celebramos la solemnidad de la resurrección de Jesucristo, ser renovados por tu Espíritu, para resucitar en el reino de la luz y de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo. AMÉN.



CANTO: “Aleluya, Aleluya el Señor resucitó”

SEÑOR TEN PIEDAD:

GLORIA: “Gloria a Dios (carismático)”



MONICIÓN A LA PRIMERA LECTURA (Hch 10,34a.37-43)

Pedro da testimonio ante una familia pagana de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Lo hace con pinceladas sobrias y densas: **“Todo lo hizo bien, porque Dios estaba con Él”**. **“Lo colgaron de un madero, pero Dios lo resucitó”**. **Nosotros somos testigos. Quien cree en Él se salva”**.

ANTÍFONA AL SALMO: “Éste es el día en que actuó el Señor”



Confiad y velad

MONICIÓN A LA SEGUNDA LECTURA (1ª Corintios 5, 6b-8)

El pueblo de Israel, antes de celebrar la Pascua, destruía todo pan fermentado y comían el pan ácimo- (o sin fermento)-hasta la nueva cosecha. Pablo recoge esta costumbre judía para indicarnos que con la resurrección de Cristo hay que destruir el viejo pecado, para vivir una vida nueva. Escuchemos.

SECUENCIA DE PASCUA

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

“¿Qué has visto en el camino,
María, en la mañana?”
“ A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.

¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua.”

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.



Confíad y velad

LECTURA DEL EVANGELIO (Juan 20, 1-9)

ALELUYA: “Aa, Aleluya”

HOMILÍA Y RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAPTISMALES

PRECES

- 1.- Que nuestras muerte sean vencidas por tu Resurrección.
- 2.- Que tu paz se extienda por todo el mundo por tu Resurrección.
- 3.- Que nuestras tristezas sean superadas por tu Resurrección.
- 4.-Que tu Pascua encienda nuestra esperanza.
- 5.-Que aprendamos a dar la vida para recuperarla gloriosa.
- 6.-Que descubramos tu presencia en medio de nosotros.
- 7.-Que en la Eucaristía renovemos tu Misterio Pascual.

OFERTORIO

Vela encendida: Tú que rompiste las tinieblas de la noche con la claridad de tu resurrección, recibe esta LUZ que te presentamos y llena de resplandor nuestra vida.

Jarra de agua: Esta jarra de agua simboliza el “agua bautismal”. Al presentarla, queremos renovar nuestro bautismo para ser criaturas nuevas.

Pan y vino: La Eucaristía es el memorial de tu muerte y resurrección, es la actualización permanente de la Pascua. Que este pan y este vino, que se van a convertir en el Cuerpo y la sangre de Jesús nos den fuerza para ser testigos tuyos por el mundo.

CANTO: “Un niño se te acercó”

SANTO: “Santo es el Señor”

CANTO DE PAZ: “Dominicana”

CANTO DE COMUNIÓN: “Hoy el Señor, resucitó”

CANTO FINAL: “Mi Dios está vivo”

Te damos gracias, Señor por el don de la vida que nos das en abundancia y por cada uno de los detalles con los que nos vas sorprendiendo cada día.



Confíad y velad

Gracias por las celebraciones de estos días, por haberte hecho presente a través de las personas, de la liturgia, de los gestos sencillos, de la acogida.

Recibimos a la vez como regalo y como compromiso esta Palabra tuya. (Y entregamos el símbolo (el dibujo de un móvil con mensaje de envío evangélico)

Porque hemos celebrado la Pascua de Cristo, nos podemos ahora felicitar; llenos de alegría. Hemos participado de su luz, de su triunfo, de su resurrección. **¡FELICES PASCUAS!**



Confiad y velad

107



CARTA APOSTÓLICA
PATRIS CORDE
DEL SANTO PADRE FRANCISCO
CON MOTIVO DEL 150.º ANIVERSARIO
DE LA DECLARACIÓN DE SAN JOSÉ
COMO PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «el hijo de José»[1].

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fue y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un «hombre justo» (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. Lc 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (Lc 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. Lc 2,8-20) y de los Magos (cf. Mt 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. Lc 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. Mt 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea —de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. Jn 7,52; 1,46)—, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. Lc 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica»[2], el venerable Pío XII lo presentó como “Patrono de los trabajadores”[3] y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor»[4]. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»[5].

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como Patrono de la Iglesia Católica, quisiera —como dice Jesús— que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. Mt 12,34), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos»[6]. Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo[7].

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»[8].

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos[9].

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él[10].

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “Ite ad Ioseph”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (Gn 41,55). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. Gn 37,11-28) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. Gn 41,41-44).

Como descendiente de David (cf. Mt 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. 2 Sam 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. Os 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (Sal 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura[11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (Sal 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (2 Co 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura[12].

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. Ap 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. Lc 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad[13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»[14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. Lc 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)[15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. Ex 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. Jn 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia [16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (Flp 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»[17].

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»[18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (Jb 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (Rm 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (etiam illud quod malum dicitur)»[19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste. Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

5. Padre de la valentía creativa

Confiad y velad

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. Lc 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. Mt 2,13-14).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del parálítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. Lc 5,17-26). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al parálítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe

creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. Mt 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro máspreciado de nuestra fe[21].

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz»[22].

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María[23]. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando al Niño y a su madre, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando al Niño y a su madre.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25,40). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabili-

Confiad y velad

116

dad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre el Niño y su madre.

6. Padre trabajador

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploremos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*[24], noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida[25].

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (1 Co 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (ibíd.). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad

con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho “inútil”, cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen “padre” a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (Mt 23,9).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.

* * *

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (Mt 2,13), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán[26] y Moisés[27], como hace Jesús, «único mediador» (1 Tm 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (1 Jn 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Hb 7,25; cf. Rm 8,34).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»[28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Confiad y velad

119

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (1 Co 4,16)[29]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»[30].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirigamos nuestra oración:

Salve, custodio del Redentor

y esposo de la Virgen María.

A ti Dios confió a su Hijo,

en ti María depositó su confianza,

contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,

muéstrate padre también a nosotros

y guíanos en el camino de la vida.

Concédenos gracia, misericordia y valentía,

y defiéndenos de todo mal. Amén.

Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020, octavo de mi pontificado.

Francisco

[1] Lc 4,22; Jn 6,42; cf. Mt 13,55; Mc 6,3.

[2] S. Rituum Congreg., Quemadmodum Deus (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 194.

[3] Cf. Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero (1 mayo 1955): AAS 47 (1955), 406.

[4] Exhort. ap. Redemptoris custos (15 agosto 1989): AAS 82 (1990), 5-34.

[5] Catecismo de la Iglesia Católica, 1014.

[6] Meditación en tiempos de pandemia (27 marzo 2020): L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

[7] In Matth. Hom, V, 3: PG 57, 58.

[8] Homilía (19 marzo 1966): Insegnamenti di Paolo VI, IV (1966), 110.

[9] Cf. Libro de la vida, 6, 6-8.

[10] Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

[11] Cf. Dt 4,31; Sal 69,17; 78,38; 86,5; 111,4; 116,5; Jr 31,20.

[12] Cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 noviembre 2013), 88, 288: AAS 105 (2013), 1057, 1136-1137.

[13] Cf. Gn 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; Nm 12,6; 1 Sam 3,3-10; Dn 2; 4; Jb 33,15.

[14] En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. Dt 22,20-21).

[15] Cf. Lv 12,1-8; Ex 13,2.

[16] Cf. Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,42.

[17] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. Redemptoris custos (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

[18] Homilía en la Santa Misa con beatificaciones, Villavicencio – Colombia (8 septiembre 2017): AAS 109 (2017), 1061.

[19] Enchiridion de fide, spe et caritate, 3.11: PL 40, 236.

[20] Cf. Dt 10,19; Ex 22,20-22; Lc 10,29-37.

[21] Cf. S. Rituum Congreg., Quemadmodum Deus (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 193; B. Pío IX, Carta ap. Inclytum Patriarcham (7 julio 1871): l.c., 324-327.

[22] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 58.

[23] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 963-970.

[24] Edición original: Cień Ojca, Varsovia 1977.

[25] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. Redemptoris custos, 7-8: AAS 82 (1990), 12-16.

[26] Cf. Gn 18,23-32.

[27] Cf. Ex 17,8-13; 32,30-35.

[28] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 42.

[29] Cf. 1 Co 11,1; Flp 3,17; 1 Ts 1,6.

[30] Confesiones, 8, 11, 27: PL 32, 761; 10, 27, 38: PL 32, 795.

Confíad y velad

121